



A traviesa

Fotografías y crónicas del Paisaje Cultural Cafetero





A traviesa

Fotografías y crónicas del Paisaje Cultural Cafetero



Ministerio de Cultura
Dirección de Comunicaciones

Fundación Gabriel García Márquez para el
Nuevo Periodismo Iberoamericano



**PROSPERIDAD
PARA TODOS**



fundación
Gabriel García Márquez
para el nuevo
periodismo iberoamericano **fnpi**

Ministerio de Cultura República de Colombia

Mariana Garcés Córdoba
Ministra de Cultura

María Claudia López Sorzano
Viceministra de Cultura

Enzo Rafael Ariza Ayala
Secretario General

Juan Luis Isaza Londoño
Director de Patrimonio

Celina Rincón Jaimes
César Augusto Velandía Silva
Asesores Dirección de Patrimonio

Germán Franco Díez
Director de Comunicaciones

María Orlanda Aristizábal Betancurt
*Coordinadora Grupo de Políticas e Investigación
Dirección de Comunicaciones*

Ricardo Ramírez Hernández
*Coordinador Grupo de Gestión y Ejecución
Dirección de Comunicaciones*

Angie Forero Forero
Yolima Apolonia García Jaramillo
Asesoras Dirección de Comunicaciones

ISBN 978-958-753-079-7

Fotografía de carátula y contracarátula: Stephen Ferry

Fundación Gabriel García Márquez para el Nuevo Periodismo Iberoamericano – FNPI

Jaime Abello Banfi
Director General

Ricardo Corredor Cure
Director Ejecutivo

Ana Teresa Hernández
Directora Administrativa y Financiera

César Órtiz
Coordinador Logístico

Un agradecimiento especial a los medios que han colaborado
en este proyecto:

El País (Cali), El Espectador (Bogotá),
El Colombiano (Medellín), El Heraldo (Barranquilla),
La Patria (Manizales), La Tarde (Pereira),
La Crónica del Quindío (Armenia),
El Meridiano de Córdoba (Montería),
La Sillavacia (Bogotá), Revista El Malpensante (Bogotá) y
Revista Enfoque del Café (Armenia).

Con el apoyo de:

**Federación Nacional de Cafeteros de Colombia
Proyecto Paisaje Cultural Cafetero**

Gabriel Pasquini
Prólogo y edición

Autores crónicas
Gloria Luz Ángel Echeverri
Julián Andrés Aguirre Marín
Carlos José Marín Calderín
Juan David Castaño Giraldo
Santiago Cruz Hoyos
Obed Alberto Moreno Zambrano
Mónica Quintero Restrepo
Martha Karina Rotavista Pinzón
Paula Andrea Santana Sierra

Fotógrafos
Darío Augusto Cardona S.
Julio César Herrera
José Perdomo Morales
Juan José Pachón
Adriana Patricia Pérez Contreras
Óscar A. Pérez
Juan Pablo Pino
Paulo Andrés Quintero
Jerónimo Rivero
Nicolás Van Hemelryck
Stephen Ferry

Coordinación Proyecto Periodismo Cultural
María Fernanda Márquez Ramírez
Catalina Samper Martínez

*Maestros talleres de periodismo cultural y
paisaje cultural cafetero*
Gabriel Pasquini – crónica escrita
Stephen Ferry – reportaje fotográfico

Relatoría taller
María Ximena Pineda
Nicolás Van Hemelryck

Coordinación regional del taller
Adriana Patricia Matiz Ramírez

Índice

- 9 PRESENTACIÓN **Germán Franco Díez**
10 PRÓLOGO **¿Café con aroma a qué? Gabriel Pasquini**

CRÓNICAS

- 19 Chapolera de corazón **Paula Andrea Santana Sierra**
33 Una familia en guerra **Santiago Cruz Hoyos**
45 El café no quiere a los jóvenes **Julián Andrés Aguirre Marín**
57 El domador de espíritus **Carlos Andrés Marín Calderín**
73 Pero quién se ocupa de los muertos **Mónica Quintero Restrepo**
91 El aura de la memoria **Gloria Luz Ángel Echeverri**
105 Historias de oro, ambición y guacas **Martha Karina Rotavista Pinzón**
117 La mula mecánica se niega a morir **Obed Alberto Moreno Zambrano**
131 Cantinflas aún torea en Manizales **Juan David Castaño Giraldo**

FOTÓGRAFOS

- 12 **Nicolás Van Hemelryck**
26 **Óscar A. Pérez**
38 **Jerónimo Rivero**
50 **Paulo Andrés Quintero**
66 **José Perdomo Morales**
84 **Julio César Herrera**
98 **Darío Augusto Cardona S.**
112 **Juan José Pachón**
126 **Juan Pablo Pino**
140 **Adriana Patricia Pérez Contreras**
146 **Stephen Ferry**



PRESENTACIÓN

En junio del 2011, la Unesco declaró al paisaje cultural cafetero como Patrimonio Cultural de la Humanidad. Esta declaración, que nos llena de orgullo, es el fruto de un trabajo colectivo en el que participaron diferentes instituciones de la región: alcaldías, gobernaciones, corporaciones autónomas regionales (CAR), la Red Alma Máter de universidades públicas del Eje Cafetero y los comités departamentales de cafeteros. El proceso ante la Unesco implicó un profundo trabajo de investigación y de socialización con la comunidad, que generó la documentación necesaria para seleccionar las zonas que conforman el Paisaje Cultural Cafetero, de acuerdo con sus valores universales excepcionales, relacionados con el patrimonio cultural, natural, material e inmaterial y las características de integridad y autenticidad propias de este territorio.

En el marco del Proyecto de Periodismo Cultural, liderado por la Dirección de Comunicaciones del Ministerio de Cultura y con el apoyo de la Federación Nacional de Cafeteros, en agosto de este año, se realizaron dos talleres de periodismo cultural sobre el paisaje cultural cafetero: uno con reporteros gráficos y otro con reporteros culturales, con el objetivo de explorar formas de narrarlo en su cotidianidad para que sus habitantes y el mundo lo reconozcan.

Con la orientación de Stephen Ferry, fotógrafo independiente norteamericano, quien ha trabajado los últimos años en Colombia, documentando el conflicto armado, y de Gabriel Pasquini, escritor y periodista argentino, fundador y director de la revista digital *El Puercoespín*, se lograron piezas periodísticas de calidad, que muestran en imágenes y palabras un

paisaje donde conviven campesinos, recolectores, ancianos, dueños de la tradición cafetera y jóvenes empresarios del café.

Esta publicación recoge nueve piezas periodísticas y once series fotográficas elaboradas por los participantes en los talleres, como registro de un paisaje en movimiento y un homenaje a la región cafetera, patrimonio cultural de la humanidad, que en pleno acuerdo con la definición de la Unesco, representa lo que tenemos derecho a heredar de nuestros predecesores y, por lo tanto, es nuestra obligación conservarlo para que las generaciones futuras puedan disfrutarlo.

Germán Franco Díez
Director de Comunicaciones
Ministerio de Cultura

¿Café con aroma a qué?

Por: Gabriel Pasquini¹

El 26 de junio de 2011, después de algún intento fallido, muchos afanes, negociaciones y papeleo, la Unesco declaró que el Paisaje Cultural Cafetero de Colombia era Patrimonio Cultural de la Humanidad. La *declaratoria*, como se la conoce, se extendió a 47 municipios y 411 veredas de los departamentos de Caldas, Quindío, Risaralda y Valle del Cauca ubicados en las estribaciones central y occidental de la Cordillera de los Andes, donde se encontraban 24.000 fincas de las que obtenían sustento unas 80.000 personas.

Uno de los criterios de la Unesco para otorgar tal distinción es que la

sociedad o paraje elegidos deben “constituir un ejemplo sobresaliente de hábitat o establecimiento humano tradicional o del uso de la tierra, que sea representativo de una cultura o de culturas, especialmente si se ha vuelto vulnerable por efecto de cambios irreversibles”.

Un año después de esa proclama, en septiembre de 2011, por el impulso y la generosidad de una serie de organizaciones y personas, un grupo de periodistas nos encontramos cara a cara en torno de una larga mesa extendida en el corazón de una finca cafetera en las afueras de Armenia,

capital del Departamento del Quindío. Intentábamos dilucidar qué demonios era eso que llaman Paisaje Cultural Cafetero, si existía todavía y cómo podíamos retratarlo. ¿Y qué tan vulnerable había resultado? ¿Acaso había sufrido ya los temidos “cambios irreversibles”?

El discurso administrativo puede proclamar cómo deben ser un país o una forma de vida. Al periodismo sólo cabe la modesta esperanza de capturar una imagen de lo que realmente son.

Decidimos pronto que no se obtendría la respuesta reuniendo unos pocos rasgos de la vida cafetera,

agregando unos ejemplos, salpicándolos con unas declaraciones y sirviendo el resultado bajo alguna afirmación general de dudosa certeza –como a veces, desgraciadamente, se hace en nuestra profesión–. No: el periodismo se debilita cuando intenta competir con las ciencias sociales o los discursos políticos y, en cambio, adquiere toda su fuerza cuando se concentra en retratar en profundidad aquellas historias que están allí, a la vista, a tiro; cuando no intenta contar los árboles del bosque para hacer un censo, sino que se concentra en una mata, seguro de que si excava lo suficiente encontrará las raíces y el suelo común que explica a unos y otra.

Con estas ideas partió un grupo de reporteros por todo el Quindío. Sus hallazgos están ahora en manos del lector: son las claves de un mundo y unas formas de vida que, como toca todas las cosas humanas, se encuentran en inevitable transformación.

Aún está presente en esas crónicas, sí, el pasado de gloria del café, pero las huellas de aquella era añorada se van desvaneciendo –a menos que uno cierre puertas y ventanas y declare

que el tiempo no pasa–, abrazado a una belleza que es también prisión, como en “El aura de la memoria”. Un pasado del que, en algunos casos, como muestra “Cantinflas aún torea en Manizales”, se han heredado menos grandezas que nostalgias y problemas.

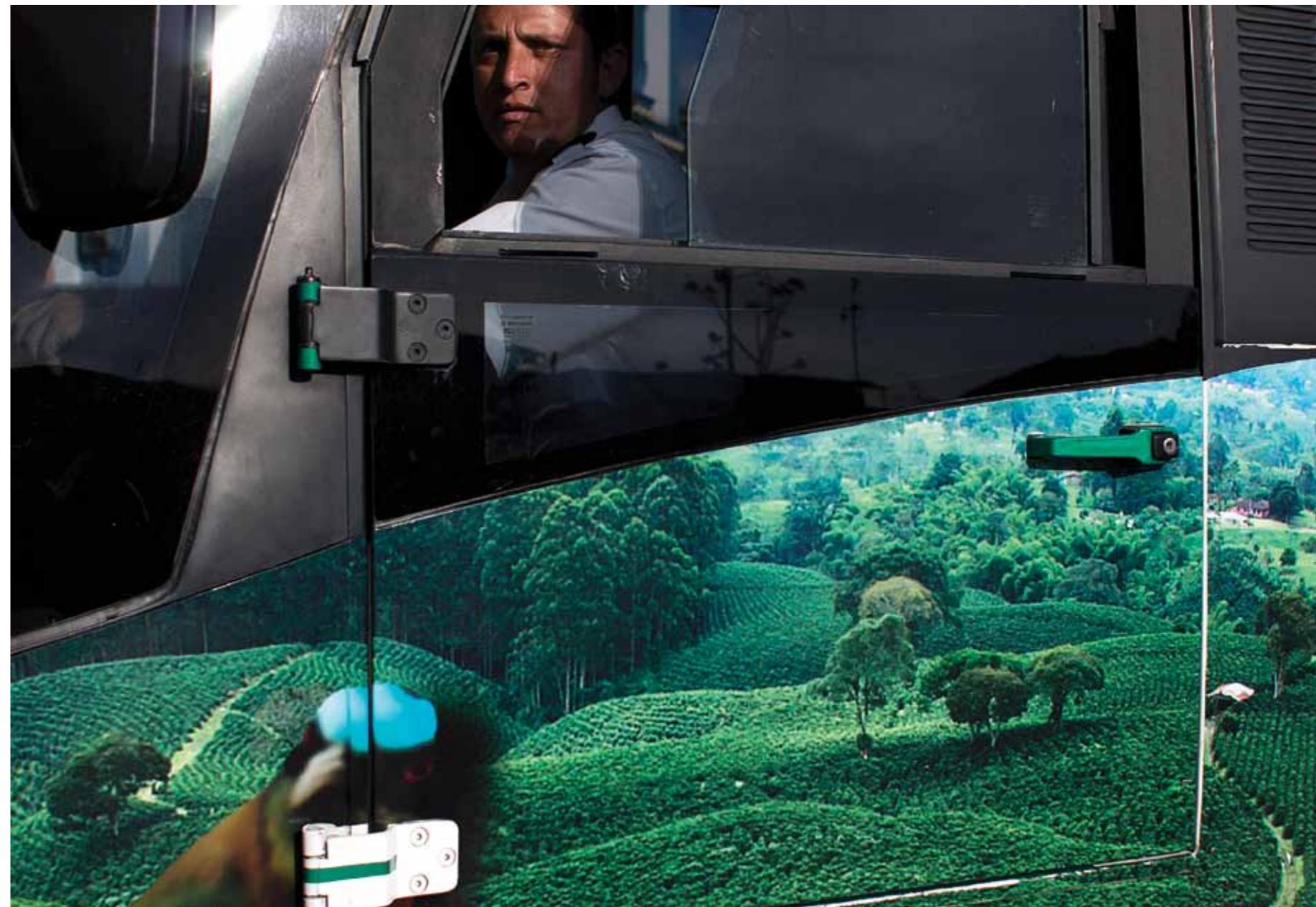
También está allí la lenta transición del mundo rural, igual a la que se registra en tantas otras regiones del mundo: el campo aparece cada vez más como sueño romántico, atracción turística o materia de coleccionistas (“La mula mecánica se niega a morir”) antes que como el ámbito de la vida. Y así, una familia que es expulsada hacia la ciudad se lanza al combate contra el mundo que acabó con aquellos días de la finca que lo eran todo (“Una familia en guerra”); así, los jóvenes que ya no se rigen por los antiguos códigos que imponía el trabajo en el cafetal desde la infancia son rechazados y expulsados de las fincas cafeteras (“El café no quiere a los jóvenes”) y solo aquellos con una vocación extraordinaria, antes que una necesidad, permanecen en la espesura (“Chapolera de corazón”). Se trata de un mundo en el que nuevas reglas van desplazando a las antiguas y en el que

hasta las creencias, la fe y el más allá se ven obligados a adaptarse. En él, un niño cafetero puede terminar como cura exorcista y el cura exorcista como fuente de recursos para una comunidad cuyos ingresos agrícolas languidecen (“El domador de espíritus”); en él, un cementerio masón puede, a la vuelta de los años, terminar mucho menos libre de como fue gestado (“Pero quién se ocupa de los muertos”); en él, los sempiternos gUAQUEROS, empecinados en encontrar el gran tesoro escondido, se lanzan, no sólo sobre las tumbas indígenas, sino sobre cualquier botín, real o imaginado (“Historias de oro, ambición y guacas”).

Un mundo de quietudes, sonidos en la maleza y de mucho, mucho café. Un mundo, en fin, fascinante, al que les invito a entrar pasando de una vez esta página.

1. *Fundador y editor de elpuercoespín.com.ar, sitio de política, periodismo y literatura. Autor de las novelas “La Fe de los Traidores” y “Padres de la Patria” (Emecé, 2008 y 2012). Compilador de la antología “Instantáneas. De la Primavera Árabe al Conurbano en 13 historias” (Paidós, 2012). En el proyecto de Periodismo Cultural participó como maestro en el taller de crónica escrita.*

Nicolás Van Hemelryck









Chapolera de corazón

Por: Paula Andrea Santana Sierra

La andariega

Yo siempre busco el café, yo ando, dice con determinación Maryori Cardona, una joven de 20 años, que de sol a sol, persigue las cosechas de grano rojo. “Voy a Antioquia, luego al Huila y después me vengo para esta finquita en el Quindío”, cuenta, mientras arranca rápidamente los granos que caen en el coco, el balde donde se acopian y al que le caben aproximadamente unos 10 kilos.

Es una andariega. No pertenece a ningún lugar, porque es hija de la tierra. A pesar de que la vida en el

campo es dura y las extensas jornadas la dejan rendida, vende su trabajo al mejor postor y por el tiempo que desee. No tiene muchas amistades, solo relaciones pasajeras. “A veces me quedo en la finca donde trabajo, otras veces me quedo donde tengo familia, y cuando vengo acá me quedo en la casa de mi mamá, en Calarcá”, dice, antes de escabullirse entre las matas de café.

En el pequeño escuadrón de recolectores que trabajan en La Hacienda La Cabaña, once en total, Maryori es la única mujer y es famosa por moverse rápido. Le dicen “Mar” o “negra”, y la respetan. “Es la primera



Las fotografías que ilustran esta crónica pertenecen a © Óscar Pérez.



que llega y le rinde más que a otros”, apunta Querubín Bueno, mayordomo de la finca, quien todos los días, a las cuatro de la tarde, anota en una libreta los kilos que recogió.

Siempre está un paso adelante. En un solo descuido, con solo bajar la mirada, ella avanza y se pierde de vista. Así como se esfuma vuelve a aparecer vestida con el uniforme de esta semana: pantalón de sudadera negra, un saco de manga larga color violeta, un pedazo de tela que cubre parte de su cara y una cachucha vieja decolorada por el sol.

“Yo me levanto a las cuatro de la mañana, me paro de la cama, me baño, como algo y salgo a bordo de un bus que sale faltando un cuarto pa’ las cinco. Llego aquí a las 5:20, me cambio, me tomo un tinto y estoy lista para coger café”, cuenta, caminando a buen paso para no perder el bus que la lleva de regreso a su casa.

Y así, los últimos tres años.

Opciones

Maryori es la más joven del cafetal. En una época en que las autoridades y los expertos se lamentan de que los

saberes tradicionales del cultivo de café corren riesgo de perderse porque las nuevas generaciones parten hacia otros oficios, ella eligió este.

“A mi mamá no le gusta la idea de que yo coja café, porque dice que es una vida muy triste. A ella le hubiera gustado que pasara mi hoja de vida a un supermercado y que siguiera estudiando. Soy bachiller, tengo un nivel de mercadeo y de sistemas, pero a mí me gusta esto”, dice.

Diana Bermúdez, de 20 años, vecina de Maryori, estudió en el SENA para ser técnica en Gestión Empresarial. Mientras ahorra para comprarse una moto y estudiar Administración de Empresas, en la Universidad del Quindío, trabaja en el supermercado Olímpica vendiendo accesorios y aparatos de una reconocida empresa de telefonía celular. “Nunca pensé en trabajar en el campo y no conozco ningún amigo que lo haya hecho o que lo haya pensado”, dice mientras se mira al espejo y se cerciora de que ningún pelo esté fuera de su lugar.

Cuando salen del colegio, las calarqueñas buscan trabajo en algún supermercado como empacadoras o

como promotoras de algún producto; alguna será mesera en un restaurante o vendedora en un almacén de ropa. Maryori no.

“En esos oficios pagan un mínimo, pero de ahí uno tiene que sacar para comer, para pagar el arriendo, otros gastos y así no queda nada. En la finca uno se saca entre 150 o 200 mil pesos en la semana, que le quedan a uno libres porque se come en la finca”, argumenta.

La mamá de Maryori no la entiende. Dice que es terca como una mula y que se le mide a lo que toque. Pero es que no es sólo ella. Con voz resignada, cuenta que no una, sino las dos hijas escogieron el campo. “Si ellas no quieren salir del cafetal, nunca lo van a hacer, porque uno lo que se propone lo logra”, recita, pero la voz se le añeja y los ojos negros lucen temerosos, luego caídos.

Filosofía de vida

La joven chapolera no tiene claro qué va a ser de su futuro. Tampoco se alarma. “No sé hasta cuándo vaya a hacer esto, eso es algo que uno no sabe.

En el momento, uno está acá, pero más adelante uno no sabe dónde va a estar, ni qué otras cosas puede hacer, ni nada”.

Ha aprendido con maestría la técnica de su oficio: pelar la rama del tronco hacia afuera y el árbol desvestirlo como a las novias, de arriba pa’ abajo, como dicen los que saben. También ha aprendido que sus colegas son hombres de sueños postergados. Sobrevivientes del día a día.

La mayoría de los recolectores que conoce ya son viejos y algunos todavía están solteros. Se casaron hace tiempo con el grano, teniendo la esperanza de mejorar sus vidas y de ascender en la escala social. No fue así. Ya no se preocupan mucho por el futuro, porque su presente en el campo es implacable y demandante. Es una carrera contra el tiempo porque el dinero que reciben depende de la cantidad de café recolectado.

Carlos Isaza, de 52 años, nunca se casó y todavía vive con sus padres. “Se puso más duro conseguir a alguien, porque está muy duro lo del café y tendría que sostenerla. Aquí todo el mundo es tirando de la pepita, porque



no hay más opción, uno no gana como para dejar de hacer esto”. A diferencia de Maryori que pudo estudiar, muchos recolectores se dedican a la tierra porque es lo único que aprendieron a hacer desde niños. Si uno nace pobre, siempre será pobre, repite el dicho.

Los sueños de la chapolera también son borrosos. Del dinero que le queda de las grandes cosechas guarda una parte para invertir y construir, poco a poco, un futuro escurridizo. “Mi papá tiene una finquita de ganado en Filandia, Quindío, y con esa plata me compré una ternerita y con eso voy haciendo un ahorro. En este momento tengo tres. Por ahora no me dan para comer, pero ellas van trepando y se hacen adelantar, y luego sí se le saca provecho. Toca esperar, usted sabe que el pobre vive de ilusiones”.

El cuerpo

Maryori cree que su cuerpo tiene *el aguante* para las faenas de recolección. Recuerda que, cuando empezó, sus dedos se ampollaban y sangraban al final del día. Yo pensaba que no servía para esto. Cogía granos verdes y solo

me hacía dos cocaditos de café diarios, pero di con un buen patrón que me enseñó, recuerda, y luce orgullosa sus dedos cuarteados y despellejados.

Cuando llueve a cántaros en las fincas cafeteras, los recolectores salen ataviados de grandes plásticos y botas pantaneras para caminar entre el lodo y el fango, pero cuando se trata del calor y de las molestas nubes de mosquitos se arman con *chiros* que les cubren parte de la cara y el cuello. Las mismas botas y atuendos de mangas largas los protegen de picaduras de insectos, culebras o matas *pica pica*. Sus manos son las únicas que no tienen protección: solo las cubre una espesa capa de tierra y polvo.

Después de una gran cosecha, de soportar los rigores del clima, de alimentarse mal durante meses, de cargar más de 300 kilos diarios de café en su cadera y llevarlos por tandas en costales sobre sus hombros, Maryori desaparece del campo por un tiempo. Queda exhausta; se toma hasta dos meses para recuperarse en casa, cuidada por su madre.

Aunque a primera vista su cuerpo parece una máquina hecha para

recoger café, rápida, fuerte y eficiente, la rigurosidad de su labor le pasa factura de cobro. “El médico me manda vitaminas porque tengo las defensas bajitas y mi mamá me alimenta con un jugo de espinaca, hígado y mora para combatir la anemia. Yo le digo que el hígado me lo dé solito, porque me parece horrible ese revuelto”, explica y, cuando lo hace, frunce el entrecejo y arruga la boca, haciendo una gracia.

El Radio

La mayoría no tiene reloj. El radio amarrado en la cintura de uno de los recolectores anuncia la hora sin sombra. Mientras algunos se quitan el trapo que les cubre la cabeza y el cuello, que los protege del sol y los mosquitos en los sembrados, el grupo se dirige al comedor del mayordomo de la hacienda, para recibir su ración de comida.

“Escuchar música lo desestresa a uno y lo pone contento. Hay canciones que traen recuerdos y por eso me parece bacano venir siempre con mi radio”, dice Darío Vélez, de 22 años, mientras suena una canción de reggaetón.

Maryori, que prefiere no llevar más peso en su cintura que los kilos de café que recoge en el coco, rastrea en la espesura a Darío, su fiel compañero, por el radio: siempre está escuchando Tropicana y La Mega.

“Yo escucho... Es pura música *trance* Transmisora Quindío”, cuenta con una carcajada Alfredo García, mostrando una sonrisa de pocos dientes.

A este jornalero de 44 años que alegra los días largos con sus dichos y chistes subidos de tono, lo que más le gusta escuchar son los partidos de fútbol. Sobre todo cuando juega Cali contra el América, agrega; si tuviera billetico, dice, se iría a ver el mundial de fútbol en Brasil.

En la jornada del cafetal se oye salsa, ranchera, música para planchar y hasta los viejos boleros, pasillos y tangos del cantante ecuatoriano Olimpo Cárdenas. Pero todos detienen la música cuando se acerca *la hora de los adoloridos*. Todos los días, a las 2 de la tarde, por La Cariñosa 1210 A.M., cientos de oyentes llaman a la emisora en busca de su media naranja. Para lograrlo, dejan sus datos y el número de celular,



a la espera de que aparezca la mujer o el hombre de sus sueños.

Mientras arrancan los granos rojos con vigor y maestría, los recolectores se deleitan con la picardía del programa y al mismo tiempo, en silencio, repasan las cicatrices que ha dejado el desamor en sus vidas.

También escuchan noticias para mantenerse informados, para no perder el contacto con el mundo que está más allá de los cafetales, para no perderse por completo en el sopor de la rutina. En este tiempo condensado, el radio marca el ritmo y parece la última conexión con un mundo exterior y ajeno que gira a toda velocidad.

El amor

Maryori trabajaba como mesera en una cafetería noctámbula donde van a parar decenas de muleros maltrechos, con los ojos inyectados de sangre, cansados de sortear los peligros de las carreteras del país. “De allá me salí aburrida y furiosa, porque me descontaban plata si no vendía 50 tintos en la noche, recuerda. Fue su último trabajo en el pueblo.

Desesperada por no quedarse *manicruzada*, sin nada que hacer, le pidió a su hermana mayor que le consiguiera una cogida de café para poder cubrir sus gastos

“Lo dije charlando, recochando”. A los pocos días, su hermana le dio la noticia.

En la primera finca que pisó para comenzar su carrera en el campo, conoció a Elkin Maldonado, otro nómada amante de la naturaleza, de los caballos y del café. Él, que a los 15 años dejó de asistir a las clases en el colegio porque le parecía más divertido cuidar los animales de la finca de su abuela, enamoró a Maryori conversando y paseando en moto.

En esas andan hace dos años y cuatro meses. “Yo ando con él, pero no tenemos nada estable, porque los dos somos andariegos”, dice. Evoca esos días en que viajan siete horas en moto hasta llegar a Gigante, un municipio del departamento del Huila. Juntos persiguen el café: sus caminos se cruzan, se juntan de repente; luego se apartan, se desdibujan, se pierden.



Óscar A. Pérez









Una familia en guerra

Por: Santiago Cruz Hoyos

|
El café, dice de pronto, a veces le sabe a mantequilla. Otras, a chocolate. También a cereal, a canela, a maní.

Ahora toma un sorbo de su taza blanca, lo degusta, mira a un lado, mueve los labios. En este caso es un tinto que sabe a hierbas.

“El café tiene alrededor de 1.500 componentes. La mitad son volátiles. El resto permanecen en la bebida”.

Francisco Javier Gordillo, 45 años, es catador. El oficio, dice, lo aprendió hace mucho ya, cuando trabajaba en

trilladoras del Valle del Cauca y el Quindío, en Colombia.

“Un catador de café debe calibrarse, es decir que tiene que probar todo tipo de comidas para identificar olores y sabores en cada taza”.

Tal vez eso explique su barriga, que sobresale sobre su camiseta roja de rayas blancas. Francisco Javier, corte de cabello militar, es bajito y algo panzón.

En este momento está sentado en una de las mesas de su tienda, La Molienda Quindiana, ubicada en el centro de Armenia, la capital del Quindío.



Las fotografías que ilustran esta crónica pertenecen a © Jerónimo Rivero.



El café que aquí venden es traído desde la finca familiar, La Floresta, ubicada en Pijao, quizá el municipio más silencioso del país. El pueblo parece una foto: mudo, inmóvil. El silencio y la quietud son parte de su identidad. En junio de 2008 fue catalogado por el movimiento italiano Cittaslow como el primer municipio sin prisa de la Nación. Pijao y su paisaje cafetero, además, está dentro de los 41 municipios del Quindío, Valle del Cauca, Risaralda y Caldas que fueron declarados por la Unesco como Patrimonio Mundial de la Humanidad.

Francisco Javier se pone de pie, prepara un tinto para un cliente. Tras el mostrador está Nubia Velandia, su esposa y también propietaria de La Molienda Quindiana.

Un par de mesas del interior del local están ocupadas. Afuera, sobre un pasaje peatonal, hay otras mesas con parasoles rojos donde otros clientes conversan.

Ninguno de ellos lo advierte, lo sabe: aquí en esta tienda que tiene el tamaño de un garaje y en donde todo parece apacible y bucólico, en realidad se está librando una especie de guerra secreta

contra la crisis cafetera –y contra el Estado colombiano.

II

Hace unos días hubo una gran movilización. Quince mil caficultores de toda Colombia marcharon por las calles de Manizales, una ciudad ubicada a una hora de Armenia. Reclamaron menos impuestos, más subsidios, precios estables del grano para subsistir.

Explicaron, también, que están en la quiebra absoluta. No sólo el invierno y el fenómeno de la Niña los dejó sin cosecha. Los escasos granos que se lograron recoger son comprados en Nueva York a precios ínfimos: un dólar con 60 centavos, por cada libra en promedio.

La revaluación del peso colombiano es otro problema. Los cafeteros –dijo el Senador Jorge Enrique Robledo– pierden por cada revaluación 30 pesos de cada 100 de sus ventas en el mercado mundial y eso es una locura.

Con suerte recuperan la inversión. Muchos cosechan a pérdida.

Hace un año, exactamente en 2011, la Unesco declaró este paisaje cafetero como Patrimonio de la Humanidad.

Los caficultores dicen que sí, que es un paisaje cafetero, pero advierten que debido a los bajos precios se está quedando sin café. “Te muestran la fachada de la finca, la mula, el recolector, el arriero retratado en un cuadro, te muestran los jeeps y los canastos donde se transportaba el grano, pero la pepa como tal no se ve como antes”.

De 17 millones de sacos que se producían en Colombia hace un par de décadas, ahora, se llega a los 8. La producción ha bajado un 50%, murmulla el catador, que ha regresado a la mesa y toma otro sorbo de su taza.

Las fincas, en gran parte, cambiaron su vocación. Se convirtieron en sitios de descanso que alquilan a los turistas que vienen del interior del país atraídos por este paisaje de montañas verdes y de flores de todos los colores, y también por la seguridad del departamento: no hay guerrilla, no hay paramilitares buscando a quién secuestrar.

Hay quienes dicen que la crisis del café no es nueva. Que lo de hoy está anclado en el final de la década de los años 80. Por entonces, el Pacto Mundial de Cuotas Cafeteras –un acuerdo entre

países productores para mantener los precios– se rompió y generó una caída de la cotización del grano que llevó a miles de productores a la quiebra. Entonces, como ahora, salieron a las calles para pedir la condonación de deudas. Lo lograron. Ahora esperan una respuesta.

Nubia Velandia no parece muy convencida de que la obtengan. Tal vez porque para ella debajo de todo esto hay otra cosa. Detrás del mostrador de La Molienda Quindiana, cuenta un rumor que circula en la región: el culpable, la mano detrás de la crisis, es el Estado colombiano. El rumor que muchos repiten indica que existió a finales de los 80 una gran conspiración, el lanzamiento de una guerra biológica: el Estado habría traído al país las plagas que diezmaron los cafetales para obtener grandes ganancias vendiendo los químicos para combatirlas.

¿Pero realmente creen que el Estado... ?

“Nosotros creemos que sí, fue el Estado el que trajo a la región la broca y la roya. Fue una manera de vendernos plaguicidas costosísimos”.

Dice Nubia molesta. No hay forma de



probar si es cierto o no. Lo importante es que, convencidos de ello, Nubia y su familia son ahora una unidad de combate contra la crisis cafetera.

III

Nubia destapa su colección de aromas de café. Son frascos de vidrio transparente con tapas de madera. Los acerca. Invita a oler. Granos tostados, molidos, secos. Hace unos días un cliente se puso a llorar delante de ella. Oler la colección, dijo, fue una manera de recordar, volver a su finca. El hombre hacía mucho que no iba. Decidió probar suerte en otros negocios.

A Nubia también le sucede. Huele para volver a la finca, a Pijao. Allí nació. Allí se crió. Fue la crisis del café la que la obligó a salir del municipio para Armenia, encontrar trabajos de oficina, obtener algo de dinero para poder invertirlo en La Floresta, la finca, que debido a los bajos precios del grano disminuyó la producción.

La crisis del café desplazó a Nubia a la ciudad.

“Fue el momento más difícil para mí. Mi vida es el campo, los cafetales”.

Al fin tuvo que aceptar lo inevitable: no volvería, por lo menos no a vivir en el campo. Pero no se rindió. Vendió a sus hermanas los derechos sobre la finca. Y con ese dinero se organizó esta tienda, esta suerte de resistencia, de guerra, contra los precios bajos del grano y contra lo que dice ese rumor que circula en la región.

Empezó como un negocio casero. Francisco y Nubia compraron primero una tostadora de café. Hacían todo por sí mismos: lo tostaban, lo molían y lo vendían puerta a puerta. Nada de entregarlo a otros. “Venderlo al Comité de Cafeteros –afirman– es venderlo a pérdida”.

Pronto eran los vecinos los que tocaban a su puerta. Doña Nubia, una media de café; Francisco, véndame una libra. La calidad del grano hacía brotar clientes por todas partes. Nubia vio la oportunidad de ampliar el negocio: decidió ubicarse en un local, abrir su propia marca, una insignia de lo mejor: La Molienda Quindiana.

Sólo lo mejor. Nada de vender barato para mendigar más pedidos. Por su

calidad, una libra de La Molienda Quindiana cuesta 8 dólares, casi siete veces más de lo que cuesta una libra común en Estados Unidos. En esta tienda, a otros campesinos, además, les compran sacos de café de alta calidad 10 dólares más caros que los de la Federación de Cafeteros. Es otra de las formas de lucha.

Pero no son exclusivos ni excluyentes. Pronto unieron a otras familias que, como ellos, también habían creado sus marcas. Ya, de hecho, establecieron la Asociación Quindiana de Cafés especiales, Aquicafés.

“Unidos superamos la crisis”.

Dice Nubia, que ahora habla del grano: “Es tertulia, es negocio, es amor, es identidad para una región. ¿Acaso cuantos matrimonios no han empezado compartiendo una taza de café?” Nubia y Francisco, el catador, acaban de completar 22 años de casados.

En una pared de la tienda está colgada una fotografía. Es la imagen de una variedad de la pepa llamada Castilla. El Comité de Cafeteros la está promoviendo en la zona. En teoría, esta variedad aumentaría la producción. Nubia y Francisco han investigado el

asunto. Nubia se acerca, señala la foto, habla, de nuevo, molesta.

“El Castilla sólo da café por dos años. Después hay que arrancar la mata de la tierra, volver a sembrar. Eso sería costosísimo. Nos negamos a sembrarlo”.

Dice y regresa tras el mostrador, junto con Francisco. La unidad de combate permanece atenta, con la guardia arriba.



Jerónimo Rivero









El café no quiere a los jóvenes

Por: Julián Andrés Aguirre Marín

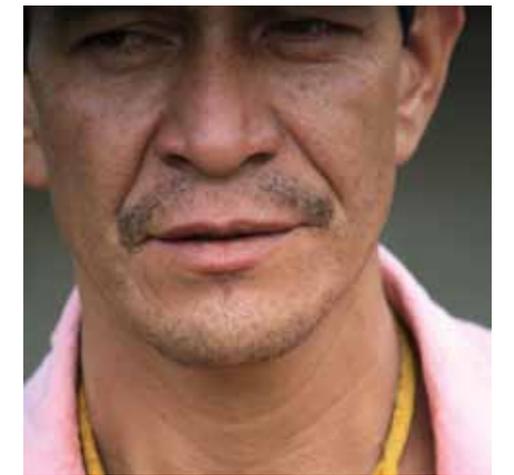
Víctor es un joven de 17 años de edad, que vive en el municipio de Montenegro, dejó el colegio hace dos años y buscó ocuparse como recolector de café, ya que su padre ha trabajado desde pequeño en fincas cafeteras con lo que ha sostenido su hogar. Pero, aunque su padre le consigue trabajo en las fincas cafeteras donde labora, lo contratan solo por una o dos semanas y lo despiden para contratar a otra persona con más experiencia y de mayor edad.

“Es cierto que no tienen experiencia, pero si a ellos no les dan la oportunidad

de trabajar nunca la van a tener”, protesta Consuelo, su madre. Las oportunidades de empleo son muy complicadas en el pueblo, se lamenta. Ella trabaja en casas de familia para aportar al sustento de la propia, porque lo que gana su esposo no alcanza.

Teme que, al estar sin oficio ni estudio, Víctor coja un mal camino, como ha sucedido, dice, con tantos muchachos como él. Es que, mientras el café lo esquivo, sí le ofrecen –constantemente– trabajo como jíbaro.

Después de un año de que la Unesco declarara al Paisaje Cultural Cafetero



Las fotografías que ilustran esta crónica pertenecen a © Paulo Andrés Quintero.



Patrimonio Cultural de La Humanidad, persiste una preocupación que se acentúa cada vez más en época de cosecha: en el gremio cafetero, analistas sociales y económicos advierten que las nuevas generaciones no toman el relevo de las anteriores en la recolección de café en la zona. Atribuyen este fenómeno a múltiples causas, sociales y económicas que han dejado huella y graves consecuencias en la región, tales como las recesiones económicas de la década del 90 y la gran debilidad del capital social, la disminución de los cultivos, el narcotráfico con su cultura del dinero fácil, la vertiginosa globalización de las comunicaciones y la economía para la que no estaba preparada. Por todo ello, afirman, los jóvenes no quieren el café.

Sin embargo, al hablar con finqueros y recolectores, emerge lo opuesto: es el café el que parece no querer a los jóvenes.



Manuel Molano trabajó mucho tiempo como recolector, pero ahora, a los 72 años, tuvo que dejarlo por

problemas de salud. Pero, por su relación laboral y de confianza con el dueño, suele ir a la finca.

Lo que prima en las fincas cafeteras como esta es la multiplicidad de tonos verdes de los frutales, las plataneras y cafetales, contrastados con los vivos colores de las flores y el granate y el olor a miel intenso del café maduro. A unos cuantos metros de la casa principal se llega a los cuarteles (comedores, dormitorios y baños de los trabajadores) con mesones y salones de grandes proporciones, múltiples camarotes de hierro, cobijas, morrales y toallas gastadas como muestra de los largos caminos recorridos.

Más adelante los sembrados de fríjol envarados (amarrados a unas varas) y de plátano de donde cuelgan racimos de plátano de donde cuelgan racimos para ser cosechados y un poco más allá los cafetales de donde provienen sonidos que no se sabe qué son, manos que se entrevén ligeras sobre las ramas llenas de grano maduro y cientos de ojos observando sin ser vistos. Poco a poco se hacen más claras las canciones de despecho que entona uno u otro, o salen del radio que alguien lleva

colgado al cuello. Más adelante se oirá un programa donde se busca pareja y se adivina la suerte.

De la espesura surgen unos seres extraterrestres casi sin rostro, con fuerte olor a sudor, enfundados en sombreros y cachuchas rotas, trapos enrollados en el cuello, ropas viejas y manchadas, botas pantaneras de caucho por si llueve y un balde amarillo de plástico atado a la cintura adonde caen los granos granates y amarillos. Son los recolectores en plena faena, que ríen y cuentan historias. Sus edades oscilan entre los 35 y... 87 años.

Están en pie a las 5 de la mañana para empezar su rutina diaria. Se bañan y mientras se ponen su indumentaria, en la cocina, cuelan el café que tomarán y les dará energía antes de ir al surco. La recolección comienza a eso de las 6 a.m. A las 9 a.m. les llevan el desayuno a sus sitios de trabajo. Y de 12 a 1 p.m., el almuerzo, que generalmente es un sancocho. A media tarde, entre 3 y 4 p.m., les llevan la bogadera (agua de panela con limón o agua-café frío). Terminan la jornada entre las 5 y 6 p.m., con la comida o cena con fríjoles, en los comedores

dispuestos para ellos. Mientras cae el sol y llega la noche, se quedan compartiendo historias y anécdotas propias o de otros, algunos se duchan antes de ir a la cama para descansar y retomar la rutina al día siguiente,

¿Por qué no hay jóvenes aquí? “No sirven para el oficio, dicen. Aparte de ser muy flojos y perezosos, son abusivos y ventajosos, porque se roban el café que recolectan los otros y lo pesan como si fuera de ellos”. Así lo precisó Jairo Flórez, administrador de finca desde hace 12 años: “desde hace más de 6 años, explicó, no se contratan jóvenes en la finca; primero, por los problemas que se presentaban con los otros recolectores; y segundo, porque al patrón no le gusta contratar jóvenes sin experiencia o sin una recomendación verbal o escrita”.

Los recolectores dijeron que así pasa en la mayoría de las fincas cafeteras donde han trabajado en temporada de cosecha y/o travesía en otros municipios.





Según un muestreo aleatorio realizado por el Servicio de Extensión del Comité de Cafeteros del Quindío, la población de recolectores del departamento que labora en las fincas cafeteras está dividida así según su edad:

De 18 a 30 años	27%
De 30 a 50 años	52%
Mayores de 50 años	21%



Juan, un joven de 26 años que abandonó sus estudios escolares por las ganas de conseguir su propio sustento y gastarse la plata tomando licor con sus amigos en los bares de Córdoba, empezó a trabajar como recolector de café a sus 16 años y estuvo de finca en finca desempeñando este oficio; a los 20 debió retirarse porque su padre, de 81 años, resultó con cáncer de pulmón. Por eso la familia tuvo que viajar a Armenia, para que atendieran al papá, pues en el hospital de Córdoba no tenían los recursos para el tratamiento.

Durante ese tiempo, Juan trabajó como vendedor ambulante por las calles de Armenia, sobre todo

se estableció al frente del Centro Administrativo Municipal - CAM, pero no pudo continuar con este oficio porque terminaron decomisándole el material de trabajo. Dos años más tarde su padre murió, después de haber estado 3 meses con vida artificial. Juan y su familia regresaron a Córdoba, donde tenían casa propia.

En junio del 2011, Juan consiguió trabajo en una finca del municipio. Estuvo recolectando café por tres semanas, en época de cosecha. Pero la finca pasó a manos de otro dueño que traía sus propios trabajadores y no hubo más empleo para él. Juan asegura que durante este tiempo ha seguido insistiendo en las fincas cafeteras de los municipios de la cordillera, pero que los patrones piden una recomendación verbal o escrita de los antiguos patrones y él no tiene ninguna y su ex patrón se fue para Antioquia. No pierde la esperanza, dice.



De otro lado, en Quimbaya, un caficultor que pidió mantener en reserva su identidad, contó que en

su finca prefieren contratar niños y adolescentes de entre 11 y 16 años, porque son más apasionados por la plata y recolectan más café para ganar más dinero cada día. También se busca a trabajadores de 35 a 70 años por la experiencia. En cambio, no quieren a los jóvenes que están entre los 18 y 30 años. Son muy perezosos y problemáticos, dijo, y por eso no los contrata.

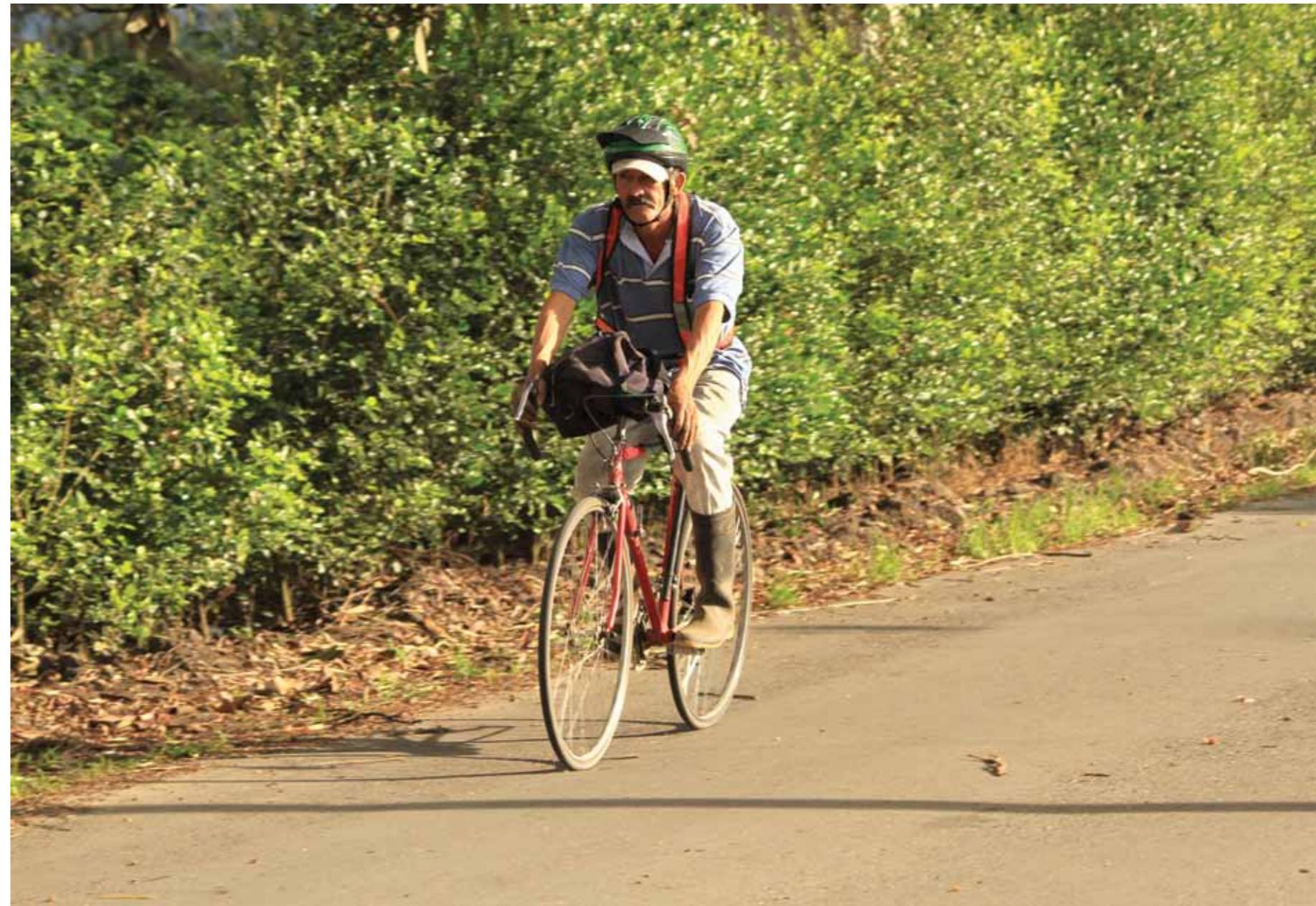


En Quimbaya, uno de los municipios con mayor producción de café en el Quindío, vive Sebastián. A sus 13 años, lleva ya dos de experiencia en la recolección de café. Dejó sus estudios para trabajar, porque le gustaba más la plata que el estudio y, además, las necesidades de la familia eran muchas. Su padre abandonó a su madre y sus dos hermanos cuando Sebastián tenía 7 años de edad; ahora su mamá trabaja lavando en casas de familia para llevar la comida a diario, pero no es suficiente, dice Sebastián. “Por eso es que busco trabajo en las fincas para ayudarle y no aguantar hambre”.

Aprendió a coger café cuando tenía 11 años y le gustó. “No soy perezoso, y no tengo problema con madrugar para ir todos los días hasta la finca, porque sé que al final de la semana voy a tener muy buena plata”, explica. Sin embargo, por ser menor de edad en muchas ocasiones no le dan trabajo. Parece, lamenta, que algunos empleadores tienen miedo de los problemas con la ley.



Paulo Andrés Quintero









El domador de espíritus

Por: Carlos José Marín Calderín

De niño, Carlos Arturo Ríos se despertaba a las dos de la madrugada a ordeñar entre setenta y ochenta vacas en las haciendas de la región. De ahí que sus manos sean, todavía, grandes y callosas. Al terminar con las vacas, desayunaba y salía enseguida a recoger café en las fincas cercanas a Salento. Habría sido obvio imaginar que con el tiempo se convertiría en mayordomo de grandes cafetales, en finquero, todero, migrante. No en exorcista.

Un día, entre las labores del campo, sintió el llamado. ¿Por qué, cómo? Aún no lo sabe, y menos entonces. No se

marchó al seminario, sino a estudiar filosofía y educación: se hizo maestro por diez años. Pero el llamado volvía y volvía, hasta que se resignó a tomar los hábitos.

Pasó cuatro años estudiando teología hasta que se ordenó cura. Luego, llegó a La Tebaida como vicario. De allí lo mudaron, ya como párroco, a La Virginia, un corregimiento de Calarcá, Quindío. El 4 de octubre de 2012 cumplió seis años en este pueblo incrustado en el mero centro de la región cafetera de Colombia, cuya vida cambió para siempre.



Las fotografías que ilustran esta crónica pertenecen a © José Perdomo Morales.



Cuando llegó, solo cuatro personas asistían a misa. Antes, había días en que su predecesor y fundador de la parroquia, Mauricio Arias, ni siquiera abría el templo por falta de público. Quizás los pobladores, pobres que toda la vida habían vivido del café, el plátano, el maíz, el fríjol, la arracacha y la yuca, tenían bien resueltos sus asuntos con Dios. O quizá no les importaba de a mucho el mensaje de un curita nuevo que venía hablándoles fuerte, encarándolos.

Les decía, todavía les dice, por ejemplo, que a Dios hay que tomárselo en serio o apartarlo de la vida por completo. “No lo puedo utilizar para mis antojos. La vida religiosa tiene que asumirse de forma radical. Yo no disfrazo las cosas, todo lo llamo por su nombre”, decía, dice.

Pero había más. En las misas, a esos cuatro feligreses les advertía que el mundo estaba próximo al desbarrancadero porque los seres humanos no querían comprometerse con nada ni con nadie. “El mundo nos



está vendiendo la idea de que todos nosotros lo debemos disfrutar, que nos vamos a morir y que no importa el medio por el cual yo disfrute ni a quién haga sufrir con tal de que goce la vida. Esta nueva sociedad que está surgiendo, niños y jóvenes, se levanta con la idea de que el hombre termina en el sepulcro. Y si así fuera, ¿dónde queda la palabra de Dios? A nosotros se nos ha quitado de la mente el concepto de vida eterna”, denunciaba, denuncia todavía.

Y nada.



Pero habría de ocurrir algo que a la población le haría mirar con otros ojos a este curita regañón.

Un día, el obispo Fray Fabio, de la diócesis del Quindío, le ordenó trasladarse al corregimiento Quebrada Negra. Allí encontró a dos jovencitas, una de catorce y otra de dieciséis años, cuyos parientes decían que se portaban raro.

Cuando las encontró, estaban en el piso escarbando con los dedos, o cortándose la cara con las uñas. Dijo a los papás: “Vayan al puesto de salud y

digán que les manden una ambulancia para que las lleven a psiquiatría, porque se les corrió el champú”.

Y creyó que se había librado del asunto.

Pero —cuenta hoy, y todavía le vuelve el asombro— “una de las niñas cargó un pupitre metálico para dos personas, pesado, con intención de tirármelo... Ahí sí sentí temblor en las piernas porque esa fuerza no era de ella”. Llamó al obispo y este le dijo que les hiciera un seguimiento. Lo hizo, hasta que les sacó los espíritus. Así de simple.

“El obispo me comentó: ‘No he encontrado exorcista. Le tocó a usted, padre, de ahora en adelante’. Yo le respondí: ‘¡Pero es que yo no tengo un año de ordenado!, ¿cómo me va a poner a mí en eso?’. Dijo: ‘No, es usted. Tiene el don, necesito que me ayude, porque hay mucha gente que se ha muerto ya que los médicos no dan con la enfermedad, porque no es ninguna enfermedad. Pero le voy a hacer un encargo: ‘No cobrará ni un peso’”.

Ese fue el comienzo y lo que siguió fue rápido. La fama del exorcista comenzó a extenderse por toda la región. Uno le decía a otro que allá

en La Virginia había un sacerdote que sacaba espíritus, si lo vieras, es increíble, pone las manos en el pecho del poseso y en la espalda y reza el Padrenuestro en latín; sí, es joven y ni parece que peleara con espíritus; mira, le llevan gente de toda Colombia; ¡y no le da miedo!; dicen que suda mucho cuando un espíritu no quiere salir y que les habla con berraquera; hay que ir a conocerlo.

Así, Carlos Arturo Ríos, que alguna vez fue campesino, cafetero, maestro, se convirtió en domador de espíritus.



Ahora, los cuatro feligreses de sus comienzos están perdidos entre los ciento cincuenta que asisten diariamente a la Parroquia Divino Niño de La Virginia y entre los quinientos que van el último sábado de cada mes a la eucaristía de sanación de enfermos.

Ahora, a los 45 años, saca espíritus de cuerpos poseídos cada semana, incluso cada día.

Ahora es una celebridad, no solo local sino nacional, y los periodistas llegan a conocerlo.



Ahora, eso que lo convirtió en una celebridad está a punto de ocurrir. Es el martes 28 de agosto de 2012. Son las 8:30 de la noche, no hay luz en La Virginia y en pocos minutos comenzará el exorcismo de Juan Diego, un joven estudiante de enfermería de 24 años residente en Armenia que tiene dentro de su cuerpo el espíritu de un suicidado.

Juan Diego llegó solo, porque su familia es de otra religión. Los colaboradores del padre le han amarrado las muñecas y los pies con gruesas sábanas. Está tranquilo, pero no lo estará mucho más. Ocho hombres lo rodean.

La brisa fría del Quindío, aún más fría aquí, en la montaña, golpea con fuerza los techos de zinc y amenaza con llevárselos. Los 20 grados centígrados obligan a la gente a usar sus chaquetas o camisas de mangas largas. Allí abajo se ven las luces de Calarcá y, un poco más allá, las de Armenia.

Aquí, en la parroquia, el único lugar del pueblo donde todavía hay luz, veintiséis personas esperan un milagro.

El padre no impresiona de entrada. Mide 1.70 metros, es blanco y algunas

canas se anuncian entre su cabello castaño. Camina rápido y es de esas personas que transmiten la sensación de estar en otra parte, de que se han sumergido en una reflexión que parece hacerlos levitar.

Al entrar en acción es otra cosa: su actitud es decidida y fuerte, da órdenes que se pisan unas con otras a sus asistentes, pues no hay tiempo que perder; sus ojos bien abiertos reflejan preocupación controlada y permanecen como a la espera de una mala noticia. Mira hacia todos lados para comprobar que tiene el control. Empieza por pedir a cuanto santo se le atraviesa en el discurso. Juan Diego se desploma. Los ocho hombres que lo custodian no lo dejan caer. Lo cargan y acomodan frente al altar, entre las bancas. Unos se miran, otros sostienen cristos de madera, unos más biblias abiertas. También hay los que rezan en silencio moviendo sus labios tan rápido como ahora Juan Diego, que, vestido todo de blanco, empieza a dar vueltas en el suelo, a encorvarse, a arrastrarse, a gritar mientras el padre Carlos Arturo sube y sube el tono de voz recitando el Padrenuestro, el Ave María, una y otra vez.

A Juan Diego quieren salirse los ojos y se pone de pie. Intenta golpear al cura, pero los ocho guardias del domador de espíritus lo detienen y tiran al suelo; allí, da giros casi en el aire. Todos rezan y el poseso, cuyos ojos exorbitados quieren matar al padre con una mirada, comienza a reírse con un ronquido y espeta: “¿A qué vienes tú también? ¡Atraviésame si puedes! Retira tus pies de mí, glóriate perra, no me abrazes más, ¡maldita!”.

Se refiere a la Virgen María —relata el padre, para que todos entiendan.

Afuera de la parroquia, varios perros ladran hasta el fastidio. La luz no ha vuelto y ya son las 9 de la noche. Adentro, el padre suda a rabiar y Juan Diego irrumpe de nuevo con su voz poseída: “¡Cállense!, ¿por qué cantan? ¡Le cantan al Dios que los olvida! Yo soy el espíritu creado desde el principio hasta el final”. Ante la ofensiva del mal, el padre coloca un Cristo de madera entre el cuello y la barbilla de ese cuerpo que se revuelca una y otra vez e intenta gatear y rugir, explotar desde adentro y volar, partirse en dos y estirarse más allá de lo que humanamente puede. Por fin, estrella

sus rodillas contra el cemento y bota baba por la boca.

El sacerdote echa sal sobre su cabeza mientras reza con más intensidad. El espíritu en el interior de Juan Diego no obedece cuando el padre lo interroga con fuerza: “¿Cómo te llamas? ¿Cómo te llamas?”. En cambio, replica: “¡Sácame, perra! Pero este cuerpo es mío y me pertenece, siempre será mi esclavo”.

El sonido de la noche se mete en el lugar. Los perros se han callado, dándole paso al sonido de una flauta que alguien toca en una casa vecina. Tras una pausa, el padre lee el Prólogo de San Juan y la Oración del Exorcismo en Latín “para atar el espíritu que hay allí adentro”. Y le ordena: “Me vas a dejar a este muchacho en paz”. Y echa agua en la cabeza del poseído.

Este tiene los dedos de las manos entrelazados de furia. Una doctora presente en el exorcismo se los estira y le toma el pulso de cuando en cuando.

“¡Te lo ordeno en nombre de Cristo, duerme!... Padre, Hijo y Espíritu Santo”, reclama el cura, y Juan Diego, o el espíritu que ahora actúa por él, se queda dormido en medio de un charco de agua.





Al despertar, ahora sí Juan Diego, mira a todo el mundo con vergüenza. Le quitan las sábanas. Necesitará otras sesiones, pero por hoy han terminado.

“No recuerdo nada. El padre me estaba haciendo un exorcismo... es lo único que sé”, dice Juan Diego. El padre, ya sin la sotana, se acerca y le ordena: “Recuerda que ya tú habías sido liberado de ese espíritu. Si cuando terminemos vuelves a pegarte otra borrachera, lo que es volverá a ti nuevamente. Así que: muy juicioso. Yo veré”.

Parte Juan Diego. “Dice el Ritual de Exorcismos del Vaticano que una persona, después del último exorcismo, queda vulnerable de siete a nueve años. Durante ese periodo un exorcizado debe recurrir a la confesión constante”, explica el padre, exhausto, respirando profundamente y con mirada resignada porque hoy no pudo sacar al espíritu sino apenas dormirlo. “Un ser humano, para evitar la entrada de un espíritu, no tiene que llevar una vida de santurrón, no, porque los santurrones no se

salvan... ni todo es pecado ni todo es permitido”, aclara. “Aunque San Pablo dice: ‘Todo le es permitido al hombre, pero no todo le conviene’.

¿Cómo se le mete a uno el espíritu? El padre lo explica: “Para empezar tengo que decir que yo no he tenido posesiones del diablo, y el día que la tenga saldré corriendo. Sí tengo casos de posesiones de espíritus de personas que se han suicidado o han fallecido trágicamente. Esos espíritus normalmente toman otro cuerpo y buscan los de las personas que están totalmente alejadas de Dios, que no tienen sacramentos, que consultan tablas güija, que no van a misa, que tienen sexo desenfrenado...”

Esas personas se hacen débiles y permiten que estos espíritus, que yo llamo bichos, entren. Esto nunca lo va a conocer un médico y normalmente los médicos no creen en esto. Algunos, al conocer los casos, dicen que es una neurosis y otros afirman que es imposible que yo con una imposición de manos logre la dilatación de pupilas de una persona. Me dicen: ‘Lo que usted hace con los posesos nos desbarata lo que traemos de la academia’”.

Como la historia de Juan Diego hay otras treinta y cuatro. De hecho, cinco de los posesos viven en la parte trasera de la casa cural; carecen de otros recursos y vienen de diferentes partes del país. Con las ofrendas, el padre les da alimentación; los pobladores les regalan ropa. Allí llevan cinco meses y aún no han podido ser liberados.

“Al comienzo tuve miedo; ya no, aunque hay algunos posesos que le ponen a uno los pelos de punta. Es duro, recibe uno golpes y demás. Yo he tenido exorcismos parecidos a los de Emily Rose, pero dos cosas no he visto todavía: que la persona voltee la cabeza 300 grados o que se muera”, cuenta el cura.

Un exorcismo solo lo puede hacer un sacerdote delegado por el obispo. Quien lo hace sin permiso, si el exorcizado muere, se va para la cárcel porque no lo ampara el Derecho Canónico. El padre Ríos tiene el permiso y no le hace exorcismo a nadie que no haya pasado por manos de un psiquiatra. “Y si el médico le diagnostica una enfermedad, entonces que lo trate; ahí no entro yo, así yo esté convencido de que la persona es posesa. Aquí

deben traer el certificado médico. Quien es poseso no me aguanta, no habla conmigo, se me tira encima o sale corriendo. Yo los detengo con la de Dios, pero a veces también lo golpean a uno”. Y se echa a reír.

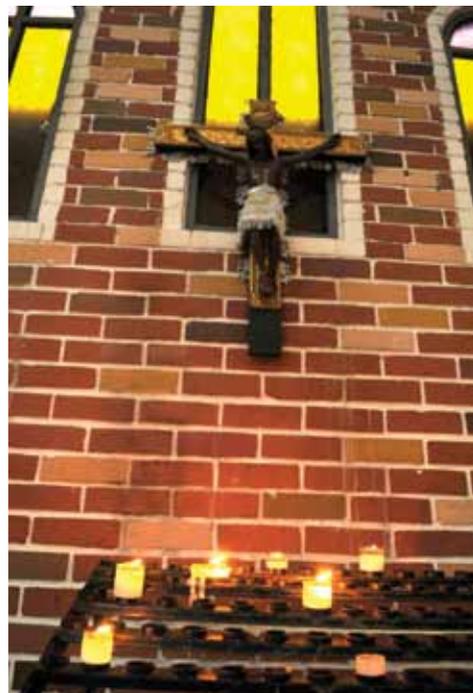
Sabe que la iglesia se llena de curiosos. “Yo les he dicho: ‘Si ustedes vienen acá por el cura, se equivocaron, porque voy al baño muchas veces y eso me hace humano y pecador; pero si vienen por Jesucristo, entonces vale la pena’”.



La Virginia ya no ha vuelto a ser la misma. Como el padre Ríos es el único sacerdote del Eje Cafetero –y probablemente de todo el país– autorizado para hacer exorcismos, a su iglesia llega mucha gente en busca de ayuda y también a mirar; hay concentración de espíritus malignos y de cuerpos. Por las noches, se escuchan los gritos de los exorcizados. A veces, alguno escapa corriendo por la calle principal y hay que salir a agarrarlo, amarrarlo, encerrarlo de nuevo.

No todos se adaptan a vivir en esta





trincheras de la lucha entre el bien y el mal. La mamá de Sandra Milena Piedrahíta, Luz Marina Londoño, ha dejado de ir a misa porque le da mucho miedo ver gente con espíritus adentro. “Ella solo va a las misas de entierro, a las que no asisten los posesos. Pero es que ella es muy de malas, porque siempre que iba a la misa normal, se le caía una persona al lado. Por eso dice que no vuelve”, comenta la hija.

Es que no se puede convivir con tanto poseído y no ser afectado. Sandra misma cuenta que ha empezado a cambiar, a percibir los espíritus. “Yo hablo mucho con Leonardo, es de Belalcázar, Risaralda. Él tiene un espíritu. A veces se viene las tardes para acá y yo le pregunto cosas y nos reímos. Al rato se va y al día siguiente le vuelvo a tocar un tema y me dice que no recuerda nada, que lo más probable es que yo haya hablado con el espíritu del anciano que tiene adentro. Pero la verdad es que ese anciano habla normal, con la voz de Leonardo”.

No solo clarividencia y protección contra el más allá ha traído la presencia del exorcista. Sandra admite que hay otros beneficios, más terrenales, que

han recibido La Virginia y ella misma, que reside a cincuenta metros de la parroquia. “Cuando hay misa de sanación viene mucha gente de toda Colombia. Yo alquilo baños y sillas, otra gente vende almuerzos, agua, frutas, cristos, cuida carros”. Ella no lo duda: “Este padre, para nosotros, ha sido una bendición. Un día se escuchó que lo iban a trasladar para otra parte, y todos recogimos firmas y le dijimos al obispo ‘No, señor, el padre se queda aquí’”.



José Perdomo Morales









Pero quién se ocupa de los muertos

Por: Mónica Quintero Restrepo

En Circasia, Quindío, hay dos cementerios, uno frente al otro. En el Católico una mujer va y acompaña a los muertos todos los días, de todo el año. En el Libre, la idea de libertad traspasa los años, y Gustavo Álvarez Gardeazábal decidió que allí será su tumba.

Ahora no tiene llaves porque en el pueblo cambiaron de cura, pero Edelmira, que no es sepulturera, entra y sale del cementerio como si fuera la dueña. Ella es, dicen algunos, la señora del cementerio, y no duerme allí porque no tiene ni cama ni cocina ni techo. Si fuera por ella, hasta de pronto.

Hace trece años Edelmira solo tenía una casa. Una bala que iba para el muchacho del lado mató a Alexander, su único hijo hombre. “Cuando me lo entregaron en la morgue yo le dije:

yo viví con vusted en la casa y nunca me abandonó. Yo voy a vivir con vusted en el cementerio y nunca lo voy a abandonar”.



Gustavo Álvarez Gardeazábal, el escritor, le tiene prohibido a su amigo Manuel Gómez morirle primero que él. No se le puede ocurrir morirle primero porque “él –dice Gardeazábal- sí obliga a la gente a enterrarme donde es”. Lo decidió hace más de 40 años.

Había un cuento de tiempo atrás,

Las fotografías que ilustran esta crónica pertenecen a © Julio César Herrera.

un chisme que corría entre los intelectuales y que Jorge Vélez, el escultor, escuchó, pero no creyó: que Gardezabal había dicho que ya tenía listo, en el cementerio Libre de Circasia, el lugar para ser enterrado, y que el escultor que iba a hacer la tumba, era él.

El cementerio

En Circasia, Quindío, hay tres cementerios. Los dos comunes y corrientes no aparecen en los libros. El de la Funeraria La Paz es el más reciente y menos nombrado. El otro, el Católico, tiene los mismos años que tiene el municipio. Ninguno es tan famoso como el Cementerio Libre.

Era la década de 1920 y don Valerio Londoño, que vivía en Circasia y era un hombre de ideas libres, nada católico, se murió. No podía ser enterrado en el cementerio del pueblo, por lo que pidió a sus hijos que lo enterraran en el jardín de la casa. Sus hijos, por cumplir, fueron a parar a la cárcel.

Circasia era un pueblo católico, pero no tanto. Gardezabal cuenta que al Quindío llegó la línea anticlerical

liberal por La Unión y que en el pueblo se creó el colegio Libre de Circasia, que ayudó a que muchos hombres creyeran en la libertad de cultos y pensamientos. También, señala la arquitecta e historiadora María Eugenia Beltrán, que fue un lugar al que llegaron migrantes extranjeros. Así que era un pueblo con una serie de libre pensadores, con una gran formación académica, que disintía de las ideas conservadoras y clericales y que, sin embargo, no hizo que Circasia fuera víctima de la hegemonía conservadora, como indica el profesor Fernando Londoño.

Esa hegemonía se extendió a la muerte y su administración. Persona que no fuera católica, se suicidara o muriera en estado de pecado quedaba fuera del único cementerio, el Católico. Pasó con una viejita. No le abrieron la puerta porque no se había confesado antes de morir. Para todos ellos quedaba el muladar, ese sitio a las afueras de los poblados, que el diccionario define como “el lugar donde se echa el estiércol o la basura de las casas”.

Así que un día, a tres o cuatro

jóvenes, entre ellos Braulio Botero, se les ocurrió hacer un cementerio donde se pudiera enterrar a todo el mundo, sin importar la religión, la política o la manera en que murieran. Solo era necesario morir y, con esa idea, nació el Cementerio Libre de Circasia, que inauguraron en 1933, en esa “etapa de gloria” –en palabras de Londoño – en que los liberales se montaron al poder, después de una larga estadía de los conservadores.

“Eran hombres que conversaban con europeos y que les habían dicho que en Europa había libertad de cultos. El cementerio lo hicieron un poco en rebeldía con los curas y a manera de protesta –explica María Eugenia-. Significaba un monumento a la libertad. Ellos no veían la muerte como el reposo, sino como una transición a la libertad del espíritu”.

Su arquitectura, incluso, contravenía la arquitectura de la época. En 1927 llegó el ferrocarril y trajo un edificio de hierro y cemento, muy diferente a las casas de bahareque que había en los pueblos. Esos nuevos materiales se vieron otra vez en el cementerio, que se hizo a punta de bazares y trabajo

comunitario. Hay que ver en la foto el montón de personas que asistieron a la inauguración.

Sin embargo, la libertad fue pasajera. Durante la época de la violencia, en los años 50, parte del cementerio fue destruido y saqueado. “Este lugar documenta en parte la historia de Colombia”, apunta Fernando. Se derribaron monumentos, muros y rejas, entre ellos el dedicado a Antonio José Restrepo, quien compuso el Himno de los Muertos, un soneto que se cantaba en los entierros:

*“A ti vengo a buscar el reposo
que a los libres oh tumba les das
cual la esposa que abraza al esposo
tú me abraza por siempre jamás”.*

El panteón quedó casi abandonado hasta que pasó todo y Braulio Botero volvió a reconstruirlo con recursos propios en 1972. Recursos que aún con él muerto están destinados “a perpetuidad”, aclara Fernando, descendiente de la familia del fundador, a través de la fundación que se creó para trabajar por el cementerio. “No solo para velar por la administración



física, cuanto por los principios filosóficos que lo conforman”, escribió en un discurso Braulio Botero cuando el cementerio cumplió medio siglo.

El Libre nació especial, coinciden muchos. Fernando comenta que los principios se mantienen y que es, sobre todo, un símbolo libertario: allí caben todos los que quieran estar. Sin embargo, la historia se ha perdido con los años. Algunos en el pueblo dicen que es de los evangélicos. Otros aseguran que es de los protestantes. Muchos no tienen ni idea. Unos más afirman que es solo para quien pueda pagarlo.

“Es un círculo cerrado –afirma la historiadora-. No para el ciudadano de a pie. Es como un club y hay que pasar por todo un proceso. Es más de política, de filosofía y de plata. Es un lugar particular y especial. Tampoco tiene mucha capacidad”.

Todo depende. Olga Liliana Torres enterró a su esposo allí. “Mi razón –añade Eliana Marín– es que mi papá se merecía lo mejor. Ese cementerio es muy bonito y tranquilo. No sabemos qué hay después de la muerte y quisimos que estuviera en el mejor

lugar”. Olga es de las que cree que el Libre es para evangélicos, tanto que se alegra de que, pese a que su familia no lo es, los han recibido. “Han enterrado hasta personas que vienen de otros lugares”.

En principio los precios pueden parecer muy lejanos a los del Católico, que está al frente. En este hay diferentes posibilidades: el alquiler de una bóveda puede estar entre 500, 450 y 400 mil pesos. En tierra solo cuesta 300 mil. En el Libre, no obstante, el arrendamiento cuesta 750 mil pesos y no hay posibilidad de enterrar en tierra. La diferencia está en que el primero es por cuatro años y en el segundo por cinco. Si se hacen cuentas, la diferencia no es abismal, salvo que en el primero se puede escoger y en el segundo solo hay una opción.

Al cruzar la calle

El cementerio Católico es otro cuento. Don José, el sepulturero, lo mantiene tan limpio y bonito como puede. Pasa la guadañadora por el pasto cuando tiene oportunidad, para que el pasto no se crezca más de

la cuenta. También limpia, pero lo demás es asunto de los familiares de los muertos. Ahí cada quien puede poner la lápida que quiera, las flores que le quepan, los adornos que se le antojen. Hay tumbas con dibujos de balones de fútbol y camisetas, otras con poemas, muchas con flores amarillas, rojas, moradas, unas naturales, otras artificiales. Cada tumba tiene el reflejo de lo que era el muerto o es la familia. Las hay cuidadas y de las otras, las olvidadas, esas que no tienen una flor, han perdido los nombres, nadie les pasa una escoba. Hay bóvedas vacías, sin puerta. Aquí no todo es tan exacto, ni tan limpio. El Libre, en cambio, es un cementerio que raya en la perfección. Está pintado de blanco, completamente. Los jardines están cuidados, podados en su altura mínima, con flores que son regadas todos los días. Su arquitectura es republicana, con una fachada que parece la entrada de un edificio público. Está limpio, siempre. No hay flores en ninguna tumba y todas comparten la misma lápida gris, sencilla, de letra cursiva en la que se lee el nombre, la fecha de nacimiento y la de muerte y no es más.

Es un jardín con caminos que llevan a las tumbas de unos y a los osarios de otros. Todo puesto, todo silencioso, todo perfecto. La escultura de Restrepo está a la izquierda, si se mira de frente. El himno de los muertos a la izquierda y en el centro está la segunda puerta. Al lado está el mausoleo de la familia y la escultura de don Braulio que hizo el escultor Jorge Vélez en 1994 (“Yo iba a hacer una escultura al libre pensamiento, pero cambié el rostro de Prometeo por el de él”). Luego está todo lo demás, tan blanco y verde y gris como lo anterior. Todas las tumbas, hasta las que no tienen muerto, están cerradas y pintadas. Aquí todo es exacto.

En el Católico el movimiento es diferente. Entran y salen personas. Entran y salen flores. Entran muchos muertos. Durante 2012, hasta agosto, enterraron a más de 60 personas: siguen llenando las bóvedas, que en total suman más de 300, sin contar las posibilidades de enterrar en tierra.

En el Libre, el sepulturero es como un ama de llaves que mantiene la casa reluciente. “Yo me mantengo con toda esa gente, que no me conversa”,

dice él, sin nombre. También es el que vigila y, de todas maneras, el que saluda y hace saber las reglas. Porque en el cementerio Libre hay límites: “La junta del panteón desea mantener indefinidamente la buena presentación del prado y jardines, por tal motivo ha cancelado la sepultura en tierra”. “Tanto las bóvedas como los osarios serán ocupados siguiendo el orden numérico correspondiente”. “Cada osario tendrá únicamente una lápida tipo estándar, con el nombre o los nombres correspondientes”. Democracia. Todos son iguales.

Tal vez por eso el sepulturero recibe compañía. A veces van algunos familiares a visitar a sus muertos. Muchas veces, sobre todo si no es fin de semana ni vacaciones, el sepulturero pasa en soledad. Solo el sepulturero y los muertos. Este año han entrado, hasta agosto, siete más a sumar habitantes a las bóvedas vacías, entre las 138 que hay.

De todas maneras, van muchos turistas. Personas que lo quieren conocer, porque han oído el rumor de que en Circasia hay un cementerio Libre, donde entierran los muertos

parados. Todo es porque a ese lugar lo asocian con los masones. Don Braulio era masón, en el rango más alto. Algunos aseguran que fue cierto, en principio, que los muertos descansaban con los pies en la tierra. Otros dicen que nunca. Fernando precisa que en ese primer cementerio se hicieron cuatro tumbas para enterrar de pie a cuatro de los fundadores, pero que nunca llegaron a ser enterrados así y que esas tumbas fueron arrasadas por la violencia. Nunca más se volvieron a hacer. No hay nadie, entonces, enterrado así. El primero será Gardeazábal.

El Católico y el Libre están separados por una calle. En el primero hay algo especial, que no ofrece la administración del cementerio, que no tiene el segundo, pero que está ahí: doña Edelmira acompaña a los muertos, les conversa y los mima los 365 días del año. 366 si es bisieto.

La señora del cementerio

Hace trece años enterraron a Alexander. Desde ese día Edelmira Carmona madruga al cementerio.



Muchas veces llega antes que el sepulturero, entra por esa puerta grande, voltea a la izquierda y va a la tumba de su hijo. Saluda. Saca la silla de tablas de madera –en ese entonces no tan derrengada como ahora-, que está dentro de una tumba, la pone al lado de su hijo y se sienta.

De esos años a hoy, excepto por la silla, no han cambiado muchas cosas. Doña Edelmira aún viene a saludar. Antes llegaba muy, muy temprano, y se iba muy, muy tarde. Ya no madruga ni atardece tanto, pero si se suman las horas que pasa en el cementerio podría ser casi una jornada completa de trabajo en oficina, con la excepción de que ella manda y tiene horario flexible. Llega a las ocho o nueve de la mañana, se queda hasta las diez u once, se va y hace el almuerzo y regresa a las tres o cuatro y ahí se le va el tiempo. Si a las cinco, que cierran el cementerio, no se quiere ir, el sepulturero le deja las llaves –si es que ya no las tiene– y se va a cualquier hora: a las seis, a las siete, a las ocho. Depende.

Al principio algunos dijeron que estaba loca. “¿Loca? Si estuviera en las

calles”. Las hijas hablaron con todo el que se les atravesó: curas, amigos, familiares, psicólogos. “Nos preocupaba mucho –expresa Judith-, y no. Ella habló con mucha gente, pero nadie le iba a hacer cambiar de opinión. Fue que ella se lo prometió a mi hermano”.

Insistieron tanto hasta que un día le llevaron a una psicóloga a la casa y Edelmira, muy seria, dijo que no la atendía, que se fuera, que nada tenía que hablar con ella. Es más, que se fueran las cuatro juntas y no volvieran hasta el día que dejaran de insistir. Tras las consabidas palabras de “usted está mal y necesita ayuda”, vino el argumento irrefutable: “Claro, quién va a estar bien si me mataron a un hijo. Lo que pasa es que tengo un dolor, que es diferente a estar loca”. Ganó Edelmira.

A veces, su esposo, Juan Cifuentes, la acompañaba al cementerio. No todos los días, sino cuando podía o se le antojaba. También él le hizo una promesa a su hijo, pero diferente. Como pudieron comprar una bóveda, le aseguró que cuando se muriera uno de los dos, la mamá o él, iban a sacar sus restos y a ponerlos en el nuevo

ataúd. “Cualquiera que venga –le dijo entonces– vendrá a acompañarlo”. Él fue el primero. Desde hace tres años, el nombre de Juan Cifuentes está encima de la tumba. Al fondo, detrás de las flores, está el de su hijo.

Cuando se muera Edelmira estarán los tres. Acompañándose.

El escultor

Como era un chisme de corrillo, Jorge Vélez nunca le paró bolas a eso de hacerle la escultura a Gardezabal. Solo que lo siguió escuchando y entonces hace por ahí dos años lo llamó y le dijo seriamente: “De pronto me muero primero que usted, así que hagamos esa tumba”. Gardezabal, por supuesto, que vive obsesionado por la muerte, que dice no tenerle miedo, aceptó encantado. Así que, sin saber cuándo se va a morir, ni quién se va a morir primero -si el escritor o el escultor-, ya están listos el retrato y los cóndores. El primero lo están fundiendo. Los cóndores, de tres metros, entre los que va la cabeza del escritor, ya están modelados. Es algo monumental que van a pagar los amigos.

Claro que, agrega Jorge, no tiene ningún afán en terminar, porque a Gardezabal todavía lo ve con ganas de vivir varios años más o, por lo menos, eso es lo que quieren los amigos. “Es que en Europa esto es muy normal. Aquí creen que preparar la muerte es estar locos, pero allá hay un culto a los muertos”.

Jorge y Gardezabal se conocen hace más de 30 años. Cuando aquel lo conoció, éste tenía una horca en casa. Tal vez no la tiene ya. Lo cierto es que no la ha usado y la tumba sigue vacía.

El escritor ha hablado tanto del lugar que hasta el sepulturero, que no sabe quién es Gardezabal –“dicen que un periodista”-, sabe que el día que se muera, allá va a dar. “Con Braulio fuimos viejos amigos. Tenía un criterio frente a la vida que muy pocas personas tienen”.

Gardezabal no quiere que lo entierren en el Valle del Cauca, ni en Tulúa, donde nació. Le gusta el cementerio laico de Circarsia porque fue creado por el anticlericalismo y el libre pensamiento. “Es que yo soy un libre pensador” y entonces encaja perfecto. Allí lo van a enterrar como le



da la gana. Parado –“yo ni en mi muerte me arrodillo”– con la escultura de los cóndores y un epitafio que está listo y recuerda el título de su novela: *Cóndores no entierran todos los días*.

Edelmira conversa

Como doña Edelmira solo hay una en el mundo. Lo primero que hace, ya con 60 años, un metro y medio de estatura –si no es menos–, es saludar. Abre la reja de la tumba de Alexander y Juan Cifuentes y la toca. La tumba la mantiene limpia y en orden. Unas flores artificiales, las más bellas que encuentra, la Virgen del Carmen, otra Virgen más chica, unos tarros pequeños con flores naturales, todo puesto en su lugar para que el espacio se vea más bonito, de modo que las hijas y ella estén contentas, así como seguras que padre e hijo también con su hogar de cuatro paredes y lápida de puerta.

Por ejemplo, esta vez, habrá que hacer un cambio rápido. Las flores moradas hacen ver triste el lugar, le dijo Judith a Edelmira. Al papá le gustaban las rojas o las blancas, no las

moradas. Edelmira va a comprar de las dos para hacer un nuevo arreglo.

Lo que la alivia un poco y le quita el afán es que la hija soñó con el papá y le dijo que la tumba estaba bonita así que no se preocuparan, que estaba bien. Igual, como le gustaban las rojas, flores rojas van a poner.

Después de esos detalles, que pueden pasar por limpiar con un trapo –o incluso antes de ellos, la rutina no tiene orden–, Edelmira saluda a todos los demás muertos, porque después de tanto tiempo descubrió que no solo son los dos suyos, ni los padres de su esposo, ni los familiares cercanos. Son todos. “Ya no tengo excepción. Yo vengo a hacerle compañía a todos mis seres queridos. Todos ellos ya son de mi familia”. Todos: los que tienen familia y alguien va y los acompaña y los que no tienen a nadie, salvo una tumba abandonada y hasta un nombre que si acaso se lee entre las letras que quedan.

“Ahorita vengo”, le susurra al señor que está detrás de la lápida. El señor, claro, no le contesta y Edelmira se va de todas maneras y de todas maneras también vuelve para terminar de conversar. Si hay algo

que haga ella todos los días, porque es muy mala rezandera, es conversar con los muertos. Se pone frente a la tumba o se sienta al lado y conversa indistintamente.

Es una dama de compañía. Puede pasar horas sentada en la silla, al lado de una tumba, en silencio. O puede conversar y pasar horas conversando. Puede conversar también con José, el sepulturero, y ayudarlo con las labores del cementerio. Puede encontrarse con una amiga y hablar de cualquier cosa. “Hablamos de todo el mundo, pero no le sostenemos a nadie”, anota Gladis Vanegas, que tiene a su hijo a pocas bóvedas del de Edelmira desde hace 17 meses, cuando se suicidó. Desde entonces también lo visita casi a diario. “A uno le dicen fanático, pero ese dolor por un hijo no lo siente sino uno”. Lo que hacen es compartir el dolor. Se encuentran en el cementerio para lo mismo: para que el lugar en que ahora viven los que tanto quisieron se mantenga como si estuvieran en casa. Para que sepan que todavía los quieren. “Doña Edelmira dice de las tumbas abandonadas que, si todavía tuvieran al hijo en la casa, ya lo hubieran echado”.

Aunque ya no lo hace tanto, Edelmira no deja solos a los muertos abandonados. Les habla, a veces les arregla la tumba –“ya casi no, porque se me acabaron los alientos”– y cuando baja las flores de sus familiares, las reparte entre los que no tienen. No abandona a ninguno, aún si no se sabe el nombre. Claro que si se le pregunta dónde está fulanita, ella sabe. Tiene en su memoria algo así como un mapa. “De pronto se me escapa uno”. De pronto los NN, pero eso solo es de pronto. Ella se sabe las historias de cada uno o, por lo menos, las que se comentan por ahí.

Por eso, primero se puede ir la luz del día que doña Edelmira del cementerio. Además de la compañía también hace mandados, como cuando Gladis no pudo ir a visitar a su hijo durante una semana porque tenía al abuelo enfermo y le pidió el favor de que le llevara flores. Doña Edelmira cumplió y le cuidó los pompones amarillos, que le ponen siempre. “Ella le dijo que cuidara las flores mientras yo podía volver, y él las cuidó –relata Gladis-. No se marchitaron durante toda la semana. A él no le gustan todas

las flores, solo los pompones amarillos, que fueron los que le prometió el papá que siempre le traería”.

Así le funcionó a Edelmira en la época en que estaban robando las lápidas de bronce. Le advirtió a Alexander: “hijo mío, no se vaya a dejar robar la lápida, porque si se la deja robar, ya no le pongo otra”. Ella soñaba por las noches que se la habían robado e iba y no, era la de al lado. Se llevaron cuatro y nunca la de él. “No se la dejó robar. Él sabía”.

Es que Edelmira ha ido tanto al cementerio y a tantas horas, que ya tiene confianza con las ánimas. “Dicen que ella ha visto a los muertos. Es que ella sí se queda hasta tarde, seis, siete de la noche. Ha venido hasta las once o doce”, comenta Gladis.

Las historias no le faltan, ni tampoco milagros. Cuando requiere plata o tiene alguna necesidad, dice a sus muertos que se acuerden que nadie los visita como ella y que le ayuden. Eso es solo que pasen tres días y alguien llega a prestarle lo que necesita o algo resulta. Las ánimas nunca le han fallado. Ni siquiera cuando estuvo a punto de morir.

El esposo aún no había fallecido y ella se enfermó del hígado. Ya los médicos le habían dicho que no había nada qué hacer, que tal vez la operación no la resistía. Cómo será que hasta las hijas se habían resignado al dictamen de “ella se muere”. No obstante, con un último dejo de esperanza fueron al cementerio y le dijeron a las ánimas que “si no paran a mi mamá –recuerda Judith– no van a tener quién más las visite tanto. O le ayudan o la van a tener que ayudar a traer en el ataúd”. Fue cuando doña Edelmira se acostó enferma y se levantó aliviada, con el hígado perfecto. “Los médicos me dijeron: o usted está loca o los locos somos nosotros”. No sabe qué pasó, pero tiene una certeza: fueron sus amigos, los muertos. “Eso fue un milagro que no se paga con nada”.

Una vez, y de eso también fue testigo su esposo, aún vivo, un hombre que se acababa de morir, que lo pusieron bajo tierra, se levantó, miró al infinito, caminó un poco hacia adelante y volvió a acostarse en la tumba. Doña Edelmira está segura de que lo vio, que su marido también, que no se lo estaban soñando. Dice que era de noche y que el hombre

necesitaba algo. “Quién sabe qué quería esa alma. Algo estaba pidiendo, pero su familia no me creyó”.

Es que la historia es fácil de explicar, para ella: tiene comunicación directa con los del más allá. Por eso no le da miedo estar allí, ni mucho menos morirse. Ella encontró en el cementerio lo que no encontró en otro lugar. “Para mí están vivas. Yo llegó acá y siento una paz que no siento en la casa. Creo que uno solo encuentra la paz cuando llega al cementerio. A mí me da una envidia verlos en su caja. Es que cuando yo me muera, esto va a ser una fiesta. Me imagino cuando estas ánimas me vean llegar a hacerles compañía”.

Edelmira antes de irse hace una ronda y se despide de los que sí se pueden quedar durmiendo. Ahora que lleguen los nuevos curas les va a pedir la llave de su casa para poder entrar y salir y cerrar sin mirar el reloj.

La muerte

Gardezábal no tiene ni idea cuándo se va a morir, pero todos los detalles están listos. La tumba será de mármol negro y estará tan limpia como todas

las demás. Seguro no tendrá ninguna mancha, que es lo que le preocupa, aunque sabe que, muy posiblemente, la escultura de Vélez será más admirada. “Sus obras tienen ese secreto de la eternidad”.

No cree, tampoco, que lleven orquídeas ni al entierro. Tal vez lo visitarán en fechas especiales, supone él: “somos muy poquitos los que visitamos las tumbas de los seres queridos, y salvo que se diga que estoy haciendo milagros desde la tumba, creo que apenas será una atracción turística, sino dejan acabar el cementerio”. De todas maneras, desde ya se pondrá en la tarea de tratar de hacer milagros al que vaya y lo visite. “Los poderes mentales no se pierden con la muerte”.

Por ahora ya adelantó una frase, que se lee en la escultura de don Braulio: “Alumbro cual antorcha vibrante el tortuoso camino de la libertad”.



Cuando Edelmira se muera, ya está decidido, las hijas saben que deben sacar al papá y al hermano, ponerla a

ella en el nuevo ataúd y a ellos en los pies. Después deben quitar las flores y los adornos, pintar de blanco y poner los nombres. “Es que ella dice que nosotros –repasa Judith– no vamos a ir a visitarla todos los días, que no somos capaces de dedicarnos así.

Que la única en la tierra capaz de hacerlo es ella”.

Para las hijas también hay un designio. Ya está el osario y ahí van a quedar las cuatro, juntas. En blanco también, porque no habrá quien vaya todos los días y les remoje las flores, barra la tumba o limpie la Virgen. Edelmira no estará entonces para conversar, caminar, hacer memoria y sacar la silla de tablas de madera. Porque Edelmira no es un fantasma, aun cuando desde hace trece años viva en el cementerio, como todos los demás. Los que sí están muertos. Algún día, ella también tendrá que dormir.



Julio César Herrera









El aura de la memoria

Por: Gloria Luz Ángel Echeverri

Una mujer delgada, de tez morena y de ojos que lo escudriñan todo, desde las personas que pasan a su lado, hasta la más pequeña seña que ha dejado el gorgojo en las maderas de las casas de los municipios del Quindío, es Alba Teresa González Vega.

Andar con ella las calles de Calarcá, Filandia o Pijao es detenerse en cada fachada, cada recuerdo de la llamada colonización antioqueña: esas casas con postigos en las ventanas desde donde se pueden ver los corredores con chambranas, cielos rasos decorados y patios florecidos; esas de las que

conoce quiénes las hicieron, quiénes las poseyeron, quiénes las habitaron, y hasta el último detalle del último rincón.

En cada cuadra se detiene para mostrar, por ejemplo, una marca en el piso en que se lee: M.A. Ortiz, constructor. O para contar que “estas casas antiguas tenían la particularidad de unión de techos y eso hacía que los vecinos fueran unidos también, porque eran como un conjunto cerrado”.



Las fotografías que ilustran esta crónica pertenecen a © Darío Cardona.

Al llegar a la casa de Alba Teresa, tras abrir el portón y el contraportón, salieron a recibirnos cinco perros, una de sus pasiones, porque ama los animales al igual que la guadua y las casas antiguas.

Es –qué extraño– una casa de los años treinta, con paredes de un rojo algo desteñido y a pedazos; una de las primeras que se construyeron en cemento y que perteneció a la familia Hincapié.

Mientras nos tomamos un café, habla de los arcos que tenían las ventanas y la puerta de la fachada, de los muros gruesos y las columnas; de las puertas y ventanas en madera y la piscina, que ya no están. Luego, repara en el desorden y se excusa: “Estoy arreglándola para montar bien mi taller”.

Alba Teresa es artesana de su amor, la guadua. Cuenta que sus primeros recuerdos y machacones fueron enderezando puntillas. De niña vio cómo en Pijao la casa de sus padres iba tomando forma poco a poco, con columnas de madera y paredes en bahareque. Y desde entonces las ama, como a sus recuerdos, en esta casa de cemento y ladrillo que perdió

su majestuosidad y decorado al ser convertida en una escuela y hoy apenas es una forma fantasmal de lo que fue.



Se volvió una fuerza de la conservación después de un viaje: el que hizo con la antropóloga Ligia Inés Vélez Ceballos, para investigar las historias de 27 casas de Calarcá y que luego quedaron resumidas en unas placas que cuelgan en sus fachadas. Era un proyecto de embellecimiento y preservación para el que ella comenzó haciendo los marcos en guadua, y ahora es una de las personas que más sabe lo que esconden esas paredes de bahareque, lo que ocultan a la vista de los incautos contemporáneos esas puertas y ventanas de madera.



Ahora es tiempo de otro viaje. Empieza en la plaza principal de Calarcá. Allí, haciendo esquina con la iglesia y sus colores rojo y verde, se

alza la casa que fue de Zoila Aguirre de Concha, que el Banco Central Hipotecario restauró e hizo suya y hoy es la Alcaldía. En ella hay, ahora, un calado en madera hecho por la propia Alba Teresa, quien aprendió a trabajar la madera porque no había carpinteros que, en ese momento, arreglaran esas puertas.

A la plaza también mira la Casa Morris, que tiene en la planta baja las primeras puertas en forja traídas al municipio. Las otras están repartidas en las calles cercanas. En su mayoría, pertenecen a personas ancianas o viudas que perdieron sus maridos en las guerras civiles o en la violencia, que no siempre saben o pueden preservar ese tesoro que han recibido y cuya subsistencia no pueden costear.

“Los dueños las abandonan al ver que no tienen con qué sostenerlas, que sus hijos no están interesados en conservarlas y el gobierno no ofrece incentivos para restaurarlas y mantenerlas”, se lamenta Alba Teresa.

Y así se van perdiendo: por inacción de los vivos. En las que aún se conservan bien, es que han vivido miembros de una misma familia

durante años. Alba Teresa cuenta que en el terremoto de 1999 muchas se cayeron y que en los lotes en ruinas se abrieron parqueaderos. Otras tienen las fachadas reformadas en granito: fueron partidas en dos diferentes frentes, divididas entre varias familias o convertidas en inquilinatos.

No sólo desaparecen por falta de dinero; también porque no hay quién las repare. Los dueños ya no tienen edad para encaramarse a los techos a coger goteras o cambiar vigas y columnas, y ya son pocas las personas que conocen los oficios necesarios.

Por ejemplo, hacer las canaletas en latón: sólo ‘Nikar’ las hace, y no tiene heredero; ni sus hijos quieren sucederlo ni ha tenido alumnos. Él empezó como obrero ‘lava tornillos’, según dice, y ahora adapta el modelo de canal que se necesite de acuerdo con el diseño de la casa o el gusto de las personas.

“Por familia no creo que nadie continúe con esto, porque, aunque mis hijos trabajaron las canaletas, ahora tienen artes distintas –explica–. Quién sabe si más adelante resulte un particular que se interese. Es difícil conseguir personal para esto. Trabajo



solo, o a veces consigo un amigo que tiene idea del arte”.



Algunas casas se convirtieron en casas curales, y las más afortunadas en restaurantes, o albergue de instituciones, como aquella donde funcionaba la Escuela Rafael Uribe Uribe, que será restaurada como sede del Palacio de Justicia de Calarcá. Lola García, de 91 años, fue alumna, docente y directora de esta escuela y por eso dice: “Esa escuela es mía”. Ella vive en una casa que Alba Teresa llama “la casa del barranco”, porque era de una sola planta y a medida que se fue sacando tierra para hacer la calle, los dueños iniciales tuvieron que hacer un banqueo y dar paso a otro “primer” piso.

También sobreviven el antiguo hospital, el orfanato y las casas quintas con sus antejardines, a la salida del municipio hacia Armenia. Una de ellas, que perteneció a la familia Reyes, fue convertida en un restaurante de tres tenedores.



En la otra vive Graciela Gutiérrez Guevara. La casa pertenece a su familia desde 1919 y quedaba al otro lado, a la orilla del camino en piedra que conducía a Ibagué. Está compuesta por catorce cuartos que el padre iba construyendo a medida que nacieron los quince hijos y se veía en la necesidad de ampliarla. Ella agradeció y aún agradece que su casa no se destruyera con el terremoto de 1999. Es que la construcción es en bahareque.

Donde había una pesebrera para la vaca, Graciela organizó unos bajos donde ha alojado hasta a seis personas, y en el patio levantó un quiosco que alquila para reuniones informales.

Con todo ello mantiene la casa, o lo que va quedando de ella. De la misma manera, otros propietarios arriendan los primeros pisos, donde hoy hay salones de belleza, almacenes, tiendas, graneros y depósitos. En otras, se ingresa por donde antes entraban los caballos porque han sido divididas en dos y una perdió, para siempre, la puerta principal.



Como la suya, muchas otras se han ido adaptando a los tiempos modernos: cubriéndose de granito, hierro y vidrio, perdiendo las maderas más finas. Pero aún está allí, aún están allí. En los verde botella y oscuros; en los azules aguamarina; en los cremas, los rojos, los ocre que saltan a la vista entre los tonos grises del granito o el blanco de las paredes, negándose a ceder el paso a la frialdad del hormigón.

Quizás donde más sobreviven enteras es en Pijao. Luego de 45 minutos de viaje desde Calarcá por una carretera que sigue las curvas de la cordillera central, entrar en Pijao es como volver al pasado. Allí los colores ya no se mezclan tanto con el pañete del cemento; allí se encuentra, protegido por las montañas, un auténtico bastión.

A ojos del visitante, todo parece intacto. Alba Teresa, sin embargo, examina cada fachada, cada puerta, obsesionada con la más mínima señal de deterioro. Son muchos los amigos que saluda en la calle, amigos de su niñez o quienes la conocen por su investigación de la historia arquitectónica del municipio. Pero ella

se queja del mal mantenimiento de las casas –¡y en su pueblo natal!–

Ellas parecen desmentirla. Al otro lado del río, con sus tonalidades azul cielo, amarillo limón y un acento verde esmeralda en puertas y ventanas, aparece, enclavada en la montaña, la casa que fue de Apolinar Llano y hoy es de Alfonso Villa Sabogal, quien vive en ella hace 35 años, y sigue siendo como era. Sólo contrasta en sencillez con la de la familia de Esneda Salcedo, cuyo padre, Jorge Cristóbal Salcedo Pulido, la compró cincuenta años atrás, y que todavía se conserva como la construyó originalmente otro hombre, Ismael Bonilla, incluyendo el lavadero especial que hizo para su esposa, que era bajita y zurda (a Esneda le resulta muy difícil lavar allí). Solo se reformó el techo porque se cayó con el terremoto.

Al abrir el cuarto que queda al lado de la cocina, aparece un silletero y, detrás, un mural con un paisaje, y otro en la pared del lado derecho. Falta un tercero, que se perdió cuando la división que da a la cocina hubo que reconstruirla. ¿Reconstruirla? Sí, pero la hicieron en bahareque. Como toda la casa.





Pero todavía faltaba una última estación en este viaje al pasado. Esta vez, nos dirigimos a Filandia. No recorreremos: vamos directo a una casa, la casa que pertenece a la familia Vargas Muriel desde 1962. Nubia vive en ella. O quizás sea más correcto decir que la casa vive en Nubia, desde hace cincuenta años.

Nubia es una mujer de tez blanca y ojos claros cuya cualidad mayor, según parece considerarlo, es ser cuidadosa guardiana de los tesoros de su familia. Allí están, para quien logre entrar y verlo: el cuadro de la última cena en plata, las copas de vino, la muñeca de su abuela. En la casa todo es como era: la madera de los pisos es la original, al igual que el cielo raso de tres de las habitaciones.

A la entrada se puede observar una chambrana que era parte de un patio que ya no se puede ver, porque la casa, ay, fue partida en dos. Nubia sólo le ha agregado un cuarto, hizo un baño en un patio interior, la sala y una terraza.

“La he conservado con mucho amor

y sacrificio porque sostener una casa de bahareque es muy tenaz”, declara.

Pero hay algo más que mera preservación: es como si la casa contuviera todavía el aire que respiró a lo largo de medio siglo. La cama y los objetos del cuarto de su mamá están intactos. El orden, el brillo de los pisos, los objetos que se encuentran en cada una de las piezas, parecen inalterados por los años o las décadas.

Nubia lleva en un álbum un registro exacto de la casa y de su familia. En primer lugar, la genealogía de la casa, documentada en registros de notaría que preserva celosamente. En el libro 1, tomo 1, folio 68, partida 46, María Adela Correa la transfiere a título de venta al señor Pedro Palacio por la suma de cuarenta pesos y paga impuestos por diez centavos. Luego de pasar por otros propietarios, en septiembre de 1962 Manuel Martínez vendió el predio a Juan y Narciso Vargas Gaviria (tío y padre respectivamente de Nubia), mediante la escritura 230; posteriormente, la familia de Juan Vargas Gaviria vende su parte a la Vargas Muriel y más tarde es adjudicada a Nubia por su madre, Ana Cecilia

Muriel, y sus cinco hermanos el 2 de abril de 1996 mediante la escritura número 191.

En segundo lugar, su propio linaje. Guarda en detalle todo lo relacionado con su padre, madre y hermanos: las partidas de bautizo y de defunción, los registros civiles, las cédulas, las fechas en que nacieron, el árbol genealógico de la familia Vargas, fotos, sobrinos y hasta fechas en que cada uno abandonó la casa.

Sentada en el comedor y pasando las páginas de ese mismo álbum, nos muestra cómo ha guardado celosamente las cartas de amor que Narciso enviaba a Ana Cecilia. Una de ellas dice:

“Recordada Chelita de mi alma. Con mis saludos para ti y los tuyos y mis votos fervientes por el bienestar personal de cada uno, doy principio a esta sencilla misiva, mensaje de todos los más profundos secretos de mi corazón, que en el crisol de la ausencia y la soledad, he cristalizado para ti, dueña de mi alma...”.

La voz de Narciso aún resuena en la sala, leyendo uno de sus poemas inéditos:

*En horas avanzadas en mi retiro triste
la luna amarillenta mi mente iluminada,
el aprecio más puro de mi alma recibiste
en días que se fueron detrás de tu
alborada
y guarda mis estrofas donde una mano
impía
de su escondite oculto no las llegue a
usurpar
pues no quiero que de ellas sepa la madre
mía
y que mi dulce amada las vuelva a
recordar.*

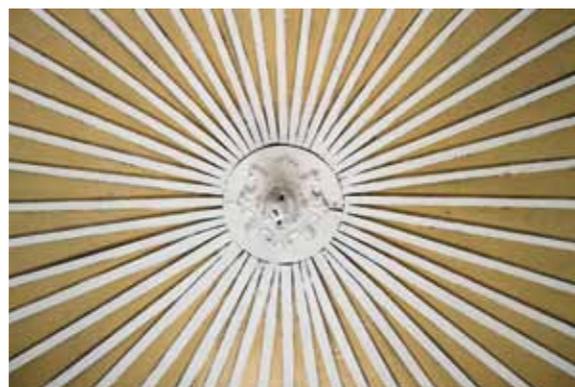
Acaso sea la casa esa dulce amada que aún las recuerda, las retiene, las mantiene vivas.

Como ella, un puñado de moradas sostenidas por el bahareque y la memoria todavía se alza, desafiando al tiempo. ¿Cuánto más resistirán?



Darío Augusto Cardona S.







Historias de oro, ambición y guacas

Por: Martha Karina Rotavista Pinzón

El rey Calarcá y los indios quindos o pijaos murieron, pero sus nombres no han muerto, vivirán mientras este mundo sea habitado por hombres.

Recuerdos de la gúaquería
Luis Arango Cano, 1924,
uno de los fundadores de la Tebaida.

Tres golpes en una puerta vieja a pocas cuerdas del parque principal de La Tebaida, hacen que salga un hombre arrugado, gordo y bajito, con un sombrero viejo que le cubre parte del rostro. Con voz ronca pregunta ¿Qué se le ofrece?

Esconde el interior de la vivienda. Con la puerta ajustada y un brillo particular en los ojos, comienza a hablar: “Vea, la cosa es simple, aquí de que hay tesoro lo hay, es el más grande de los Andes, es una riqueza que nadie se imagina. Por eso no podemos parar de buscar: el oro hace tiempo nos está esperando”.

“El duende” como conocen en el pueblo a este personaje, queda en silencio, parece recordar algo porque sus ojos se van, se concentra en un punto que no existe y poniéndose una mano en la cabeza continúa: “Tarde que temprano, eso aparece. El único problema es que se lo va a encontrar un alma justa, alguien bueno, no como yo, no como los demás que estamos llenos de ambición. Eso se lo tiene que encontrar una persona pura, alguien que ni se lo imagine. Y ¿sabe por qué? Porque los berracos espíritus cuidan ese tesoro. Por eso lo esconden cada vez que lo buscamos”.

Las fotografías que ilustran esta crónica pertenecen a ©Juan José Pachón.

¿Tesoro escondido?

Como territorio indígena que fue, la zona cafetera encierra muchas historias en torno a sus ancestros: los quindianos “respiran”, además de café, oro.

Están convencidos de que varias zonas de su departamento reposan sobre tesoros enterrados por los indios y tal vez, por la misma herencia española. Con la ambición de encontrar esos vestigios, muchos se han aventurado a buscarlos.

A esos que sin importar nada, se “le miden” a buscar el tesoro, entierro o guaca, se les llama “guaqueros”.

Son poco queridos por algunos que los comparan con aves rapaces que devoran las pertenencias de los aborígenes muertos con tal de sacarle algún provecho comercial y sobre todo económico. Digan lo que digan, ellos siempre están en busca de ese sueño dorado, esa olla de objetos brillantes, preciosos, invaluable, pertenecientes a algún desconocido cacique que no pudo llevarlos hasta el otro lado de su muerte.

Los guaqueros están convencidos de que la mayor parte del tesoro indígena

sigue allí, al alcance de quien lo busque.

Desde la ciencia, la antropóloga quindiana Sory Morales, se muestra escéptica. “Primero hay que definir cuál es el concepto de tesoro para ellos”, aclara. “Si está relacionado con las piezas elaboradas en oro, podríamos pensar que siguen con la tradición de los españoles, desde hace más de 500 años: siguen la ilusión del Dorado”.

Para ella, el tesoro es otro. En la época prehispánica, la región cafetera estaba muy poblada; por tanto, aún debe haber cosas por desenterrar. Pero no de oro.

¿Valiosas? Sí, para la ciencia. “Se encuentran muchos vestigios de esos grupos antiguos, tales como sitios de vivienda, basureros, talleres, restos de caminos, tumbas y objetos elaborados por ellos en arcilla, barro, metal y piedra”, explica.

Según ella, todo eso es tesoro para la arqueología y para nuestro pasado.

Carlos Yépes Avivi, parece haber llegado a conclusiones parecidas. Hombre culto y de gusto por el arte, ha combinado su profesión de abogado con la g.uaquería.

Comenzó desde niño a buscar tesoros, porque vio algo similar en una revista. “Mi papá estaba suscrito a una publicación de la época. Vivíamos en Génova, Quindío, cuando por primera vez vi impreso algo de unas personas que hablaban de la tumba de Tutankamon. Desde ese momento supe que quería hacer esto y me le pegué a los viejos que sabía que guaquiaban. Por eso aprendí”.

Ya en la universidad, sus compañeros conocían su actividad con las guacas, pero ninguno se atrevió a acompañarlo.

Se iba en su carro con otras dos personas, pedía permiso en las fincas y comenzaba a escarbar.

Al final del día, muchas veces llenaba su vehículo con diferentes piezas, la mayoría de ellas en barro y casi sin ningún valor para otros que se dedicaban a su mismo oficio.

Pese a que a Yépes le interesaba el hallazgo más que el dinero, él y un amigo vendían lo que encontraban en una joyería del pueblo, donde fundían el oro para fabricar otras piezas.

“En ese momento era legal comercializar lo encontrado y también guaquiari; hoy, no. Cuando empecé, no

era consciente de lo que encontraba; hoy, en cambio, valoro cada cosa que sacamos de allí: lo que conservo me cuenta una historia. Seguramente aún hay guacas que nadie ha descubierto, cosas que nadie se imagina que hay”.

Aunque sencilla, su casa le rinde culto a los ancestros. Incluso, queda ubicada cerca a un parque en Armenia que, casualmente, se llama Parque de los Aborígenes. En la sala se puede ver una pequeña colección de lo que para muchos guaqueros son baratijas: una repisa con ollitas lisas, otras con figuras humanas o de animales, algunas de un solo color y otras más complejas compuestas con tres.

Él se emociona y da una breve explicación de las épocas a las que puede pertenecer cada pieza. Ése es mi tesoro. Son piezas que encontré en varias salidas. Todas están registradas ante el Ministerio de Cultura, tal y como se exige. Tenía muchas, pero en el terremoto de Armenia perdí varias, se quebraron, se lamentó.

“Oro no encontramos en cantidades (y esa era la esperanza), pero sí sacábamos vasijas, ollas de barro, sellos y husos, lo que con el tiempo se





convirtió en mi gran pasión, resumió”.

Yepes se dedicó a coleccionar los husos –pequeñas ruedas de barro grabadas– y comenzó a dibujar sus figuras en papel.

Hoy es la única persona que hace *intaglios* en la región. “Es dibujar esas mismas figuras en papel pero en alto relieve, indicó. Me apasiona mucho esto, porque esas fueron las principales manifestaciones del arte en Colombia”.

Ese gusto y habilidad lo llevó a realizar la decoración del Hotel Armenia y algunos detalles de grabado en las baldosas de la entrada del Parque del Café.

Yepes no cree en la existencia del gran tesoro ni en muchas otras cosas comunes entre los gUAQUEROS. “Dicen que no se puede gUAQUIAR con mujeres: yo fui con algunas y encontrábamos cosas. Otros dicen que las guacas alumbran: yo creo que sí, pero eso tiene una explicación. Resulta que son fosas que guardan muchos gases, porque todo lo que hay allí está descompuesto y, cuando llueve mucho, como en la época de Semana Santa, esos gases suben a la superficie y crean una luz al contacto con el aire”.

Mientras dice esto, el abogado se sienta en su sofá y muestra varios libros sobre gUAQUERÍA. Esto es más de paciencia que de ciencia, pero hay mitos como le conté que no son ciertos.

Siga las señales

Fortunato, en cambio, se lamenta de que la mayoría de piezas que sacaba eran puro barro, cobre y piedra.

Es conocido en Quimbaya: todos en el parque del pueblo dan razón de él. Es siempre atento, le gusta conversar de guacas y de espantos. No lo hace con cualquiera: solo con un conocido o un recomendado, alguien que sea referido por una persona de confianza.

Tiene unos 70 años y se nota que el ajeteo le ha hecho perder un poco su visión. Sin embargo, su memoria permanece fresca. Recuerda sus hallazgos y la época en que los gUAQUEROS trabajaban sin problema.

Ahora no se puede trabajar porque la gUAQUERÍA está prohibida, pero, más que eso, los tesoros encontrados, así sea por casualidad, deben llevarse a un museo o registrarlos ante el Ministerio de Cultura.

Fortunato (que en realidad no se llama así, pero así lo conocen todos) vive en una sencilla morada en Quimbaya y asegura que siempre esperó encontrar algo que valiera la pena, algo que le permitiera comprar una casa o tener algo de dinero. Nunca ocurrió, pero él sigue convencido de que el tesoro existe en alguna parte del territorio.

Según afirma, es un tesoro más grande que los que se han encontrado hasta hoy. “Aquí hubo muchos gUAQUEROS, más de tres mil se calcula, pero ni así lograron sacar todo lo que hay”.

Hay pruebas, dice: “una mona, toda una reina, de esas que aparecen en los calendarios, más linda incluso que las modelos de televisión. Podría ser una de las señales para encontrar el tesoro”.

Ya no me dedico a esto, porque me falla la vista, pero lo que puedo decirle es que varios compañeros me dicen que la han visto, a esa, a la mujer que le describí. Ellos van por entre los cafetales y la vieja se les aparece; pero si ellos miran pa’ otro lado, ella se pierde. Caramba, si la siguieran, encontrarían el entierro, porque de que lo hay, lo hay”.



Pero ya no se trata de los pueblos originarios de América, ni de la antropología, sino de un tesoro y punto. Fortunato se refiere a las pertenencias de un hacendado con mucho dinero, que enterraba sus riquezas en la finca en que vivía y que, según él, hasta ahora nadie ha encontrado.

Esas tierras las vendieron, quedan por allá por La Española, como yendo para Circasia. Yo estoy por creer que el señor enterraba todo lo que tenía. La mujer que yo le digo se aparece por ahí. Eso no tiene que ver con lo de los indios, pero también debe tener cosas de mucho valor, afirmó.

El viejo guaquero buscó esa fortuna esquivando toda su vida. “Yo era camionero. Entonces aprovechaba los raticos libres, agarraba una botella de aguardiente y me iba con otros dos. Porque, uno pa’ gaaquiar, tiene que ser que vaya impar: o va usted solo, o van tres. Comenzábamos de seis de la mañana a cinco de la tarde. Primero hacíamos el cateo, pa’ revisar la tierra: tiene que ser amarilla, no negra, que se vea que no está mezclada y que es compacta. Luego comenzábamos a meter la media caña y a escarbar.

A veces pasábamos días y no encontrábamos nada.

Todavía lo buscan para que gaaquee. “Yo ya no puedo, porque no veo por estos ojos. A veces explicarle a los muchachos es una cosa muy dura, porque ellos son perezosos y van una vez y no vuelven. Por ejemplo, mis hijos son juiciosos y muy buenos, pero no les gusta la gaaquería. Sólo el mayor fue conmigo una vez y no regresó, porque disque lo asustaron”.

Espantos que no quieren que la guaca salga y mitos sobre la desdicha, el frío y la noche no diezman tanto a los gaaqueros como la pobreza: dicen que mueren tan pobres que sus familias tienen que pedir para pagar el entierro.

Acaso por eso, o por algo más, un sueño, Fortunato, contra todas sus negativas anteriores, confiesa que todavía persiste, mientras se acomoda un sombrero pequeño de paño: “Yo sé que no se puede, que está prohibido, pero yo voy cada mes o cada dos. La mayoría de veces encontramos cosas, pero, si son ollas, las quebramos, porque eso no sirve para nada; miramos a ver si adentro hay algo, si hay oro”.

¿Y por qué no han encontrado

todavía ese tesoro anunciado de generación en generación? Hay muchas historias alrededor de ese tema aquí, en el Quindío –se afana en argumentar otro gaaquero de Quimbaya, al que llaman “el del parque” y que prefiere no dar su nombre para no meterse en problemas con la ley–. Por ejemplo, uno de hace mucho tiempo es que un famoso gaaquero de Filandia sacó mucho oro y entonces le regaló una partecita al cura de la iglesia. El sacerdote lo fundió y con eso hizo unas campanas. La gente decía que la música era la más bonita de toda la región. Precisamente por eso se las robaron: nadie supo qué pasó con ellas.

O tal vez no se ha cumplido con alguna regla. Para el gaaquero que se hace llamar “El Duende”, la condición para encontrar el tesoro es la pureza de corazón.

“Tarde que temprano eso aparece, el único problema es que se lo va a encontrar un alma justa, alguien bueno, no como yo, no como los demás que estamos llenos de ambición”, dice.

Para “el del parque”, lo peor que puede hacer una persona para “espantar” una guaca es ir con una

mujer. En el parque de Quimbaya, se acomoda en un muro al lado de los juegos, cruza la pierna, y con mirada fija y voz suave, aconseja: “Si va a ir, la tiene que disfrazar de hombre, ponerle pantalón y que no hable, porque, sino, la guaca se vuelve arena. Tampoco puede comer nada, solo tomar líquido, y mucho menos pensar en algún momento que lo que encuentre es solo pa’ usted, porque la envidia también le hace desaparecer eso.

No importan los obstáculos o los fracasos: Fortunato insiste en que hay que buscar el tesoro. La mayoría encontramos poco oro, pero los gaaqueros no nos las sabemos todas, seguramente, muy seguramente, estamos parados en un tesoro y ni nos demos cuenta. De que aún hay guacas, las hay, existen, estoy seguro”.



Juan José Pachón







La mula mecánica se niega a morir

Por: Obed Alberto Moreno Zambrano

¿Chatarra o patrimonio? Cuando en los años 90, se discutió sacar de circulación al jeep Willys en el Congreso de la República, Libaniel Marulanda intervino en el debate con una canción.

“Se grabó en un garaje en este barrio (El Prado, Calarcá)”, recuerda hoy el autor. “Jamás las canciones mías le han gustado a nadie, con excepción de Álvaro León (cantante de El Yipao), un médico que estudió música en la Universidad del Valle y con quien, junto a Fernando Baena, el productor, realizamos un esfuerzo muy importante desde el punto de vista técnico”.

EL YIPAO - Bambuco

*Tan nuestro como ese grano,
Que hoy vale menos que el aire,
Un guapo cantar de acero
Parido en extraños lares
Ganó el pasaporte verde
Languiendo entre cafetales.
Y sus bélicos ancestros
Tuvimos que perdonarle.*

*Potencia de mozalbete,
Fortaleza de elefante,
Puede arrastrar continentes
De sueños y cachivaches
Y llevar sobre su lomo
El peso de cien quintales*

*“Tan nuestro como ese grano,
Que hoy vale menos que el aire”...*

Fragmento de El Yipao, bambuco compuesto por el calarqueño Libaniel Marulanda.



*Las fotografías que ilustran esta crónica pertenecen a
© Juan Pablo Pino.*

*Y trepar por las paredes
Con sus cincuenta almanaques.*

*Doscientas mulas de fuerza
Animan su briosa marcha
Y entre barriales navega
a ritmo de historia patria.
Puede cargar sobre sí
Toneladas de esperanza,
Granos de dura cerviz,
Café de impronta quindiana,
Mientras treinta cosecheros
Con holgura lo acaballan.*

*De sobra le quedan huecos
Para el cemento y la guadua
Y baúles y trebejos
Y quimeras y nostalgias
Y una sagrada familia
y corotos de una casa
Y la radiola que aviva
La zona de tolerancia
Y coronando el trasteo
La bacenilla pelada*

*Sencillo, cual mazamorra,
En sus épicas jornadas
Tiene escaño en la memoria
Y un monumento en el alma.*



“Me pareció oportuno hacer una letra con un enfoque diferente, no caer en las mismas cosas pero que a la vez sirviera para recrear esa figura”, explica el compositor. “Describo algo que nos es muy común, pero no lo nombro en la composición. Es un carro gringo hecho para la guerra y al mismo tiempo le sirve a los cafetales y a los cafeteros. Es una simbiosis, el uno vive gracias al otro”.

Y agrega con tristeza: “Es un esfuerzo absolutamente nulo, porque va en contra de la corriente”.

Hoy está en vigencia la modificación al artículo 138 de la Ley 488 de 1998, que condona impuestos para vehículos tipo camión y similares que hayan completado su vida útil. En él se ordena que sean compactados por “una entidad desintegradora debidamente autorizada hasta convertirlos en chatarra”.

Para el Ministerio de Transporte hay demasiados vehículos. Con apoyo en el Decreto 1347 del 2 de mayo de 2005 y en el documento Conpes 3489 de 2007, se busca, dicen, “favorecer la optimización, modernización y actualización tecnológica del parque automotor dentro del contexto

socioeconómico y físico del país con el fin de brindar la seguridad en el transporte y la atención efectiva de la demanda”.

En otras palabras: liquidar los carros viejos.

A los yiperos, o conductores de Willys, el solo pensar en deshacerse de su carrito les genera escalofríos. No conciben otro transporte mejor para realizar sus labores y ganarse unos pesos extra.

Jhon Jairo Amórtegui, conocido en el gremio de los yiperos como *Guama*, piensa que “el Willys no desaparecerá por sí solo: lo desaparecerá el Gobierno con los impuestos y la falta de trabajo. Los seguros, además, son muy costosos: cada uno vale 405 mil pesos”.

Albeiro Bernal, presidente del Club Clásico Willys del Café, en cambio tiene sentimientos encontrados. Por una parte cree que quien tenga un Willys y pueda mantenerlo de buena manera no resultará afectado, pues este vehículo valdrá oro en dos o tres años. Los que perderán son “los vehículos públicos”.

Por ejemplo, Albeiro tiene dos carros, uno clásico y otro tipo militar, a los cuales quiere como a niños

pequeños. “Un carro de colección puede costar entre 30 y 35 millones y se va valorizando con las cosas que uno le haga, mientras que un Willys de servicio público puede costar 10 millones pero si no se cuida pierde su valor. Nosotros en el club hacemos todo el curso, cogemos carros desde que están no en muy buenas condiciones y poco a poco vamos aprendiendo y mandándolo a arreglar, es algo que vivimos con pasión los 36 socios”.

De la II Guerra Mundial a los cafetales

“Por más carros que haya de tracción en las cuatro llantas, el Willys se trepa donde ningún otro carro lo hace”, lo ensalza el calarqueño Luis Fernando Londoño, dueño de una colección filmica y fotográfica de la que ha hecho museo y en la que incluye al Willys y su importancia para esta región.

Los primeros modelos que llegaron al país fueron los M38 y CJ-2ª, que fueron traídos por el Ministerio de Defensa con fines militares, pero muy pronto se hicieron populares en la zona cafetera, pues fueron y siguen siendo de gran ayuda para las labores del campo.



Por ello se les conoce en el país como las “mulas mecánicas”.

Albeiro Bernal, del Club Clásico Willys del Café cuenta que los primeros registros de jeep Willys de los que se tiene conocimiento en la región datan del inicio de la década de 1950. “Venían de la Segunda Guerra Mundial y fueron contruidos en Estados Unidos. Algunos llegaron por Buenaventura y otros por la Costa Atlántica. Llegaron para ser usados en cuestiones militares pero terminaron para algo más importante, que fueron las actividades agrícolas”.

El Willys tuvo una acogida tremenda, tanto así que no solo era el carro de moda, sino el espacio ideal para meter cuanto objeto o paquete hubiese y cupiese. El mecánico de Willys Manuel González, alias *Loba*, destaca que estos carros están “muy bien diseñados, porque aguantan el uso y el abuso. En las especificaciones dice que solo es para cinco pasajeros y hay quienes han llegado a meterle hasta 20 personas, más bultos y otros paquetes”.

Fue adoptado con propiedad por la cultura cafetera: la gente lo fue queriendo y los conductores acoplándose en su manejo por terrenos

montañosos y difíciles. “Quien tenga la posibilidad de comprar un vehículo de estos ojalá lo haga, porque es un tesoro y le hace bien al paisaje cultural cafetero del que tanto se habla”, proclama Albeiro Bernal.

¡Suba, suba, que aquí cabe!

Hay entusiastas que dicen que del Willys hay que resaltar, sobre todo, la gran economía: rinde tanto el combustible que, si se le llena el tanque, se le tiene que sacar la gasolina porque se vinagra.

Un ciudadano cualquiera, al ver tanta gente en un Willys, piensa que no podrá subir por una trocha, o que los bultos y otros elementos que van allí terminarán en el suelo; pero nada de eso, todo marcha sobre ruedas y cada quien llega a su destino.

De eso se encargan en la región cafetera unos 5 mil conductores que siguen en actividad. Ellos, herederos de sus abuelos y padres, aún andan por las avenidas de asfalto y vías destapadas llevando bultos de café y maíz, racimos de plátano, animales y, por supuesto, a personas que requieren de sus servicios.

Solo en el Quindío –de acuerdo con las cifras del último censo realizado en 2009 por la Fundación Territorio Quindío– circulan cerca de 800 jeeps distribuidos en 12 cooperativas que se encargan del transporte público. A eso hay que sumarle otros cientos de carros que están en manos de coleccionistas y los que se encuentran en Risaralda, Caldas y municipios como Sevilla y Caicedonia en el Valle, que tiene tradición cafetera y vinculación directa con los Willys.

Dentro del gremio de *yiperos*, hay gente de todas las edades. Desde el más veterano, como Gilberto Bobadilla, pasando por Jhon Jairo Amórtegui o *Guama*, hasta llegar a Leidy Johana Londoño, una linda mujer de 28 años que con su carisma hace que el viaje sea más placentero hacia la vereda La Virginia en Calarcá, Quindío.

“Tenía 12 años cuando aprendí a manejar. Desde que nací me familiaricé con el Willys, y no me iba a quedar atrás, por eso quise aprender. Mi papá me lo fue soltando por Santodomingo alto, hasta que aprendí solita. La única que trabaja en ruta pública soy yo, que comencé en forma hace cuatro

años, cuando tenía 24”, cuenta Leidy, mientras hace varias maniobras a la vez en el camino hacia La Virginia y le va contando a una de sus pasajeras que estudia Ingeniería de Sistemas en la Universidad del Quindío.

Esta mujer, madre desde los 15 años y a la que admiran muchos y muchas, trabaja manejando Willys los sábados y domingos y un día más a la semana, cuando el Willys que conduce tiene servicio. “Todos los días de 6:30 a 9:00 de la noche estudio en la U; voy en tercer semestre y son 10. Aunque casi no me gusta la carrera que hago, sigo adelante, porque hoy todo tiene que ver con sistemas”, sigue Leidy, considerada como una promesa en los *piques*, la peculiar modalidad acrobática de los *yipaos*.

También en la plaza de Calarcá es habitual encontrar al popular *Guama*, al que, si en cambio se lo menciona como Jhon Jairo Amórtegui, pocos conocen. Él aprendió a manejar Willys a los 10 años. Desde que su papá le enseñó, no ha parado de manejar y transportar a sus paisanos, y también a los visitantes. “Ya llevó más de 30 años manejando. Dejé el estudio por el Willys cuando



arranqué a trabajar a los 15 años. En esa época había más personal y se movía más carga; ahora, los supermercados (por sus servicios a domicilio) y las camionetas, son nuestros competidores” dice el chofer del carro rojo 198.

Con un poco más de experiencia y más tranquilo, Gilberto Bobadilla recuerda cómo adquirió su carro, con el que sacó adelante a sus cuatro hijos. “Hace casi 40 años trabajaba como administrador de una finca y tenía la ilusión de comprar un Willys. Tenía una plata (240 mil pesos) pero no me alcanzaba para comprarlo, pues valía 460 mil. Yo quería ese carro en especial porque había sido de mi padre”. Mientras lo dice, sus ojos todavía irradian la alegría de esa compra.

Gilberto fue persistente. Ganaba 10 mil pesos en su trabajo; lo poco o mucho que le quedaba para ahorrar, lo fue guardando. Con ese dinero y un préstamo que le hizo el Banco Agrario logró reunir el precio. “Toda la vida he vivido en el corregimiento de La Virginia y siempre tuve el anhelo de comprar el Willys, porque veía a mis compañeros que ya tenían carro y se veía la plata, había mucho trabajo”.

Llegó el día de la negociación, que se hizo en una fonda. “Nos emborrachamos con el dueño del carro y al otro día me dijo que ya no me lo vendía, porque otra persona le había prometido darle 10 mil pesos más. Pero al final lo convencí y por fin me quedé con el carrito. Comencé a trabajar y con eso levanté a mis cuatro hijos, les di el estudio, y así surgimos”.

¿Y si se daña el Willys?

No se preocupe si usted tiene un Willys y quiere arreglarlo, o si tiene un jeep muy viejo y quiere que sea restaurado. En Armenia se encuentra el preciso, el que le arregla el Willys y se lo deja como nuevo. Se trata de Manuel González o *Loba*, como apodan a este mecánico especialista en esos automotores.

“Me dicen *Loba* porque tiempo atrás, cuando fui yipero en la vereda de Aures, en Caicedonia, Valle (donde nació), toda gallina que me encontraba en el camino, con el carro la mataba. Las colgaba de las patitas en la parte trasera del Willys y hacía almuerzo con ellas. Mis amigos se dieron cuenta

y, como yipero que se respete tiene apodo, a mí me pusieron *Loba*”.

Manuel aprendió primero sobre la mecánica de un Willys que sobre la conducción y, según él, todo fue gracias al papá, “que no quiso que yo fuera jornalero y me llevó a trabajar a un taller de Willys a los 8 años, y así comencé a conocer todo sobre estos carros. En Armenia llevo 9 años y conozco de pé a pá todo sobre estos carritos”.

Es tan amplio y efectivo el conocimiento de *Loba* que con solo una mirada sabe si le hace falta aceite en la caja, si la dirección está dura o si hay que mejorar frenos. Cuenta que el arreglo de un Willys bien hecho vale unos 10 millones de pesos. “Esto es porque hay cosas muy escasas, como el bastón de la emergencia, que vale 240 mil pesos de segunda; las cosas del tablero; la cabrilla o el motor plano para un Willys 52, que es muy escaso. Todos esos son gallos (trabajos y repuestos) originales que cuestan”.



Competencias que dan estatus

Llevados quizá por la falta de trabajo habitual que cada vez es menor y con la intención de ganarse un dinero extra y una posición dentro del gremio yipero, los conductores optaron desde hace más de 15 años por competir entre ellos para definir a los ganadores en fiestas aniversarias de los pueblos quindianos.

La primera modalidad que surgió fue el *pique*, donde el conductor con destreza debe levantar la parte delantera de su carro. Se dice que el primero que hizo esta maniobra fue *Guama*, aunque hay otras versiones. “*Guama* estaba en una exhibición de café y otros productos en un concurso, y como era tanto el peso que llevaba el carro se le levantó y quedó con las llantas delanteras arriba del piso e hizo el famoso *pique*. Lo hizo sin querer, y desde ahí se volvió famoso”, relata Gilberto Bobadilla.

Pero *Guama* dice que quien realmente inició la tradición fue Jhon Jaramillo, un gestor cultural de Armenia, en 1998. “Yo empecé dos años después y de ahí para acá he estado en casi todos. Si me he perdido uno



o dos han sido muchos. Yo participo con los tales *piques* con los que voy a los pueblos, divierto a la gente y me gano una platica, porque uno va detrás de un premio”.

El éxito de las maniobras de *Guama* al mando de su Willys lo llevó a viajar a Estados Unidos en julio del año pasado. De eso da cuenta Carlos Beltrán, promotor de espectáculos con Willys. “Vi una oportunidad para que los yiperos tuvieran una forma de abrirse y que los vieran en el mundo. Los organicé e hice una sociedad con *Guama*, *Pesebre* y *Loba*. Ellos son los que hacen el show del yipao, solo trabajo con ellos. El viaje a Estados Unidos fue para *Guama* algo muy bueno y en general para todos, porque allá, aparte de todas las piruetas y todo lo que se hizo, el principal atractivo fue que las placas de los carros son de Calarcá y la gente se enteró de que existimos”.

Loba también hace *piques* e incluso su hijo mayor ha hecho carrera en los yipaos. “Cuando yo cargo mi Willys para los *piques*, les meto 1.800 kilos en arena o en bultos de maíz o abono, cuando el peso máximo permitido es de 600. Lo hago porque mi carro, entre más lo

cargue y más pata le dé, mejor anda”, afirma el mecánico.

Hay tres modalidades más en las competencias de yipao: transporte de productos agrícolas, trasteo tradicional o *coroteo*, y categoría libre, donde los participantes llegan al punto de disfrazarse y poner muñecas en los vehículos.

Gilberto y su hijo José Julián Bobadilla se especializan en *coroteo* y llevan 15 años quedando en los primeros lugares de concursos en diversas poblaciones. La idea en esta categoría es “meter en el Willys la mayor cantidad de corotos para que no se tuviera que hacer muchos viajes de un sitio al otro”, indica Gilberto.

Los expertos dicen que cargar un trasteo de ese volumen es muy duro, porque hay que conseguir las cosas viejas pero que estén en buen estado y sirvan. El peso de un trasteo puede superar las 80 arrobas y “cada uno de los yiperos maneja sus secretos, ya sea en el *pique* o en la forma de amarrar los trasteos para que no se caigan en la prueba”, detalla Julián, técnico electricista y yipero, quien revela, además, que todos los yiperos quieren

saber lo del otro. “Por eso somos un poco celosos: porque no queremos que nadie nos gane en los concursos”.

Futuro

¿Qué pasará, pues, con esta pasión de una comunidad, empleo de tantos todavía, herramientas de transporte, pieza de exhibición y destreza? Para Albeiro Bernal, presidente del Club Clásico Willys del Café, la cosa no será igual para todos. Según lo analiza, hay dos grupos. “Uno es el de los vehículos de transporte público o de carga que son manejados por expertos que ven la posibilidad de ganar dinero a través de concursos en varias modalidades; y el otro grupo, el grupo como el nuestro, de coleccionistas que, con paciencia, amor, conocimiento y dinero, convertimos los viejos Willys en piezas únicas que son exhibidas en desfiles y para uso particular”.

“Así” –continúa Albeiro–, “el primer grupo entra en la lista de vehículos que el Gobierno quiere chatarrizar y los segundos, dada su renovación de piezas y otros elementos, gracias al dinero, sobrevivirán, y su valor se incrementará

cuando los viejos jeeps salgan de las carreteras de la región”.

Ese parece, al cabo de medio siglo, el futuro de los Willys, elemento inseparable del patrimonio cultural cafetero: serán objeto de lujo de quienes tengan suficiente dinero; y para los demás, serán chatarra.



Juan Pablo Pino







Cantinflas aún torea en Manizales

Por: Juan David Castaño Giraldo

Un hombre trota por una vía de Quindío. De pronto advierte una bolsa negra a un lado. La coge, la mete en su maletín para que le haga más carga y sigue su camino. Al llegar a su casa la guarda en lo que en esta región es conocido como el zarzo: espacio entre el cielo raso y el techo. El paquete permanece allí durante tres años. Un día, el hombre que trotaba se encuentra con Fernando Londoño Aristizábal. Le habla de la bolsa. Londoño le ofrece una cifra. Negocian. El hombre acepta finalmente 10 mil pesos, y la bolsa cambia de manos.

Cuando la abre, Londoño Aristizábal saca a la luz el tesoro: 10 rollos de cine de 16 mm, deteriorados y llenos de polvo. En algunos todavía se aprecia el número 1954. Él intuye que es el año en que se grabaron las imágenes.

Tras un largo trabajo de restauración que incluye la limpieza de las cintas con alcohol y químicos, las pone en uno de sus 17 proyectores de cine de todos los formatos.

Londoño Restrepo hoy tiene 60 años, está casado y es padre de dos hijos. Cuando era niño, su padre lo llevaba por los municipios y corregimientos de



*Luis Fernando Londoño, director del Museo Gráfico y Audiovisual de Calarcá.
Fotografía de Juan David Castaño.*



14 mil espectadores asistieron a la corrida. La plaza aún estaba en construcción.



Cantinflas sonríe a la cámara en su visita a Manizales en 1954.
Fotos: Cortesía Museo Visual del Quindío.

Quindío en los que exhibían películas como El gordo y el flaco, o La quimera de oro, de Chaplin, y al mismo tiempo grababan a los espectadores viendo cine. Trabajó en televisión pública y particular, y desde hace 25 años se ha dedicado a conseguir material de video y fotografía sobre Calarcá y luego sobre su departamento. Con él creó el Museo Fotográfico y Visual del Quindío, casa antigua llena de fotos, cámaras de fotografía, video, equipos de sonido y hasta pistolas viejas.

En el día coinciden allí escritores, filósofos y políticos que prometen ayudas, ayudas que según Londoño se quedan siempre en promesas.

Las cintas del hombre que trotaba eran filmaciones tomadas por una familia a comienzos de los años 50. Nueve de los diez rollos contenían imágenes de Quindío.

En ellos, Londoño identificó lugares reconocidos de Calarcá como la Plaza de Bolívar y el sector de la Plaza de mercado, donde se desarrollaban los negocios cafeteros o el intercambio de plátano y papa.

En un rollo había sitios que desconocía. Esperaba que algún día

alguien identificara esos lugares y los personajes.

Torero

El proyector se encendió, y con él se descubrió el resultado del misterioso video. En este se relata el viaje de tres hombres y tres mujeres a Manizales, capital de Caldas. Los quindianos estuvieron en la Plaza de Bolívar, pasaron por la carrera 22 y el sector conocido como Fundadores, así como por el barrio Chipre, donde hicieron tomas de la vista que hay desde allí al centro de la ciudad, que para 1954 era pequeño.

En la tarde acudieron a la Plaza de Toros, donde celebraron la constitución de un espacio para la reconocida fiesta brava, que empezaba a impregnar el país. El sitio estaba lleno. En un paneo sobre las graderías aparece el público: hombres de saco, corbata y sombrero; mujeres que lucen bellos vestidos.

La toma se convierte, de pronto, en un primer plano: aparece toda una cuadrilla de toreros con trajes de luces, con dos caballos a los lados. Por último sale a la arena un hombre pequeño, sin

traje de luces y con el pantalón caído, pero que hace poner a los asistentes de pie.

La imagen devuelve en el tiempo y parece una película del siglo pasado en las que aparecía este personaje. Es Mario Moreno. Es Cantinflas.

El diario La Patria registró la visita del actor, en ese momento torero cómico, como un importante suceso para la ciudad. El hombre arribó al aeropuerto de Santágueda el jueves 4 de febrero de 1954. Dice la nota que lucía un “atuendo sencillo: un pantalón de paño gris y una camisa de color azul”. Al bajar del avión fue transportado en un Cadillac modelo 1952 a las residencias Santa Lucía, a tres kilómetros de Manizales, donde se hospedó por tres días.

El viernes estuvo en una finca cercana a Termales El Ruiz, donde le dio el visto bueno a las dos vaquillas que toreó, de la ganadería de Félix Rodríguez. El domingo 7 de febrero fue la gran corrida, que reunió a 14 mil espectadores -entre ellos los protagonistas de esta historia, que grabaron el video-. El periódico, al

día siguiente, tituló: “Si Cantinflas es un cómico, Mario Moreno es todo un torero”. La historia la escribió el periodista Don Paco y el reportaje gráfico estuvo a cargo del fotógrafo Sarmiento.

El actor y el video

El actor mexicano grabó centenares de cintas en las que interpretó múltiples papeles. Pero fue en los años 50 cuando rodó las películas Cantinflas Torero y Ni sangre ni arena. Las escenas fueron compiladas en sus presentaciones en diferentes países. Quizás una de esas plazas fue la de Manizales, que aparece en la cinta del hombre que trotaba y que ahora atesora Londoño en su museo, esta cinta podría ser una de las únicas pruebas de que Manizales fue escenario de esas películas que recorrieron el mundo.

Stephen Ferry, fotoperiodista norteamericano que también ha recorrido el mundo, comenta que en 1993 cubrió para un medio estadounidense los funerales de Cantinflas, quien durante tres días fue



Dos vaquillas toreó el comediante durante la corrida que ofreció en una tarde de febrero.
Fotos: Cortesía Museo Visual del Quindío.

velado por centenares de personas que se acercaron al féretro para ovacionarlo y dejarle una rosa.

El video en manos del calarqueño Fernando Londoño, por el que cobra cerca de 500 mil pesos, prueba entonces, no solo el paso de Cantinflas por Manizales, sino que aquel actor también quiso ser torero y que, afortunadamente, se quedó con la comedia para hacer reír al mundo por un rato.



Unir el oriente y el occidente de Colombia siempre ha sido un sueño. Ambas partes fueron conectadas por vías y trenes, pero la unión física que debía ser el llamado Túnel de la Línea sigue siendo un sueño.

El Túnel de la Línea es una ambiciosa obra de infraestructura que, en teoría, uniría al municipio de Calarcá (Quindío) con Cajamarca (Tolima). El proyecto incluye un complejo de pequeños túneles, puentes, viaductos y dobles calzadas. Por allí, se ha pensado, el transporte de

carga circularía hacia Buenaventura, lo que mejoraría el intercambio comercial con otros países.

El martes 28 de agosto de 2012, el periódico La Crónica de Quindío tituló en su primera página: “Ahora sí, obras en túnel La Línea”. El título impactaba, daba a creer el comienzo de unas nuevas obras o un nuevo trazado. El título contrastaba con unas fotos que reposan en el Museo Fotográfico y Visual del Quindío.

En la primera, tomada en 1929, se observa a un grupo de ingenieros franceses que, armados de un instrumento de topografía, planean los primeros trazados del túnel. La segunda, de 1934, muestra a una máquina que comienza la perforación.

El dueño de las fotografías y del museo comenta que la historia del túnel no es nueva para los quindianos, risaraldenses, caldenses y tolimenses, pues de esto han escuchado hablar toda la vida: de un sueño que nunca se ha dado y por el que se aspira pasar en automóvil algún día.

¿Y por qué jamás se hizo realidad el sueño?, la biblioteca trae la respuestas. Jaime Lopera Gutiérrez,

miembro y fundador de la Academia de Historia del Quindío, escribió el ensayo “Historia del túnel de la línea, perspectiva general de un antiguo proceso histórico”. En él cuenta cómo y por qué.

Estudios e ideas

En 1902, hace 110 años, el presidente Murillo Toro encargó al ingeniero Luciano D. Battle que estudiara la prolongación de una vía del ferrocarril entre el oriente y occidente de Colombia, ya que el viaje entre Ibagué y Cartago demoraba hasta tres días. Battle hizo los primeros estudios y recomendaciones de una vía que atravesaría la montaña.

Doce años después, en 1913, unos nuevos ingenieros recibieron el mismo encargo. Recomendaron que el paso se hiciera por Calarcá. En adelante, y hasta 1925, se construyeron ferrocarriles en Caldas, en tiempos en que con Quindío y Risaralda eran un solo departamento.

La Primera Guerra Mundial (1914-1918) provocó la suspensión de muchos proyectos de infraestructura en el país por falta de suministros; se paralizó el

comercio exterior. En 1925, el presidente Pedro Nel Ospina contrató a una compañía francesa llamada Régie Générale du Chemins de Fer y Travaux Publics. Sus hombres perforaron la montaña durante seis años, mientras vivían en campamentos. Es en medio de esos trabajos, en 1929, que son retratados en la primera fotografía. Por la misma época era inaugurado el ferrocarril que unía a Manizales (Caldas) con La Pintada (Antioquia). El país se movía en la dinámica de los ferrocarriles.

Luego vinieron algunos problemas entre regiones: los del Pacífico bloquearon vías al tren de Caldas, y los de Risaralda y Quindío se quejaban, decían que la capital caldense se quería quedar con todo y ser la sede central de los tres departamentos. En el 41, llegó a Manizales un autoferro. Había 22 en todo el país, importados: eran aparatos con más velocidad, pues los trenes viajaban apenas a 15 kilómetros por hora.

En 1950 el gobierno nacional frenó del todo la construcción de la vía y el Túnel de la Línea para dedicarse a la construcción del ferrocarril



Con un reportaje gráfico del fotógrafo Carlos Sarmiento, La Patria publicó la actividad.
Foto: reproducción diario La Patria.



Ingenieros franceses hacen los primeros estudios topográficos del Túnel de la Línea en 1929.



En 1934 iniciaron las perforaciones en la montaña para hacer el túnel que unirá a Calarcá (Quindío) con Cajamarca (Tolima).
Fotos: Cortesía Museo Visual del Quindío.

del Magdalena, luego llamado del Atlántico. Los años pasaron y la idea de unión de ambos puntos cardinales del país fue olvidada.

En 1968, como golpe que parecía final, vino la crisis del ferrocarril: el entonces ministro Virgilio Barco, luego presidente, comenzó el desmonte de las líneas, porque se había dicho que la empresa de ferrocarriles estaba desactualizada y desprovista de versatilidad. De gran parte del país se removieron los rieles, y las estaciones pasaron a ser viejas obras abandonadas. En el desmonte del tren en Colombia, dicen los historiadores, tuvo que ver la influencia de los fabricantes norteamericanos de automóviles y los fabricantes de gasolina por introducir camiones y automóviles.

Actualmente el presidente Juan Manuel Santos quiere volver a traer la locomotora, proyecto que en sus dos años de gobierno ha sido discutido más no construido.

En 2008 resurgió la idea del túnel. La prensa tituló una vez más “Ahora sí, obras en el túnel de la línea”. Aquella vez el presidente y los ministros inauguraron algunas obras, y se dijo

que la construcción estaría lista para el 2013, y que la completaría el consorcio Ponce de León, en el que estaban involucrados los hermanos Nule.

Actualmente, los hermanos Nule están en la cárcel por irregularidades en contratos en varias obras de Colombia.

Lo que sí cambió es el nombre: ya no es el de la Línea, sino el Túnel del Segundo Centenario, que se construiría en tres fases. La obra, según el Instituto Nacional de Vías (Invías), reduciría el tránsito entre Armenia e Ibagué en una hora.

También se habla de la reducción de accidentalidad. La vía por La Línea es la que más muertos causa en el año, debido a su estrechez y a la falta de precaución de los conductores. Sobre la fecha de entrega de la obra todo son especulaciones. El gobierno dice que en 2014, otros que en 2015, y otros, más pesimistas, afirman que la obra nunca se completará porque está embrujada.

Carlos Andrés Montoya, conocedor de la historia del Túnel, asegura que el embrujo es mera especulación y que lo que sí hay es miedo en la comunidad por los daños ambientales que puede generar. De la montaña

donde estaría ubicado el túnel se desprenden la quebrada El Salado y el río Santodomingo, que surten de agua a Calarcá y sus corregimientos. Montoya señala que debido a las explosiones con dinamita para perforar la montaña, ambos cauces se están contaminando con sedimentos y hay una alta acumulación de químicos que envenenan el agua. El asunto ya está en manos de la Corporación Regional del Quindío (CRQ) y el Ministerio de Ambiente, organismos que ordenaron al constructor parar la obra hasta que ellos construyan tanques para estos sedimentos, de modo que tengan otro destino que el agua de los calarqueños.

“En nombre del progreso no pueden volver todo mierda”, concluye, tajante, Montoya, mientras les cuenta a algunos visitantes del Jardín Botánico del Quindío cómo será el famoso túnel, cómo reducirá los costos y cómo la comunidad debe estar alerta para que no se perjudique su agua.

El día del titular de la Crónica del Quindío, comenzaron nuevamente las obras tras la superación de problemas administrativos y la firme promesa del constructor de manejar de manera

adecuada el tema ambiental. En Calarcá, en Armenia y en Colombia se seguirá hablando por muchos años más del famoso Túnel de la Línea.



La foto es clara: un ferrocarril atestado de personas pasa por una zona cafetera del departamento del Quindío. La feroz máquina muestra su potencia ante las matas grandes del grano.

Eran los años 40, época de bonanza para el país. Todo se transportaba en ferrocarril y el café era el producto más reconocido en Colombia, su precio era inigualable y los cafeteros en poco tiempo eran reconocidos por la gran fortuna que podían conseguir cultivando este grano exportable.

Pero las bonanzas y los buenos momentos, si no se cuidan, duran poco. En el Quindío, donde quiera que se vaya y se pregunte el porqué de la actual crisis cafetera, te responden que se debe al rompimiento del pacto cafetero, a finales de los años ochenta. Por esos años, el entonces presidente decidió cerrar la empresa de ferrocarriles.



Un tren atiborrado de personas cruza el Viejo Caldas. A finales de los años 80 desapareció este medio de transporte en el país. Foto: Cortesía Museo gráfico del Quindío.



©Foto Stephen Ferry

Los ochenta no fueron fáciles para Colombia. El narcotráfico empezaba a apoderarse de todas las esferas sociales y muchas de estas fincas cafeteras pasaron de sembrar café a ser potreros para ganado. Los palos de café fueron tumbados y se dañó el suelo.

Desde entonces, las cosas no han mejorado. Hernán Sierra, dueño de una finca cafetera en el municipio de Calarcá, dice que para cultivar café hay que tener paciencia, pues los cultivos se demoran varios meses en dar su fruto. Aparte, lamenta que la carga del grano se paga por un precio muy bajo y cada día los insumos y la mano de obra cuestan más.

Esto llevó a que en Manizales se hiciera la gran marcha cafetera, en la que 20 mil cafeteros hicieron oír su voz de protesta al gobierno por la baja en el precio y aprovecharon para pedir un subsidio para su economía.

Las protestas llegan cuando se celebra un año de la declaratoria de Patrimonio Cultural de la humanidad al Paisaje Cultural Cafetero, que reúne a 47 municipios y 411 veredas, donde hay cerca de 24 mil fincas en las que viven aproximadamente 80 mil personas.

Sierra cuenta que muchos cafeteros han decidido suplantar la siembra del café con la de cítricos, pues estos se venden más fácil ahora, necesitan menos mano de obra y los precios de sus insumos tienden a la baja. En otras palabras, más gente tomará jugo de naranja o limón que café.

La otra opción, dice, es la ganadería, para la cual hay que tumbar todos los palos de café y convertir el espacio rural en potreros, lo que podría generar, al paso de los años, que el Paisaje Cultural Cafetero sea Paisaje Cultural Ganadero, y allí estaría en riesgo la renovación de la declaratoria, proceso que se debe volver a hacer en 2016.

Del ferrocarril hay que decir que ya no existe y sus estaciones están llenas de miseria, como la de Armenia, cerca de la Terminal de Buses, hoy un vivero para indigentes. En otras ciudades, las estaciones son sede de universidades, pero los edificios se caen a pedazos, ya que su mantenimiento implica altos costos que nadie paga.

Fernando Londoño, recopilador de la historia del Quindío, opina que la idea del tren es eso, una idea, pues los camioneros e industriales no van a dejar

que el tren se apropie nuevamente del país, ya que ellos se quedarían sin oficio y los vendedores de combustibles irían a la quiebra.

Del presidente se dice con enojo que incumple sus promesas, pues fue directivo hace algunos años de la Federación de Cafeteros y conoce de primera mano cómo es el manejo del precio del café y el esfuerzo que hacen los cafeteros por cultivar el mejor grano para exportarlo. En el Quindío se afirma con alarma que la crisis podría llevar al cambio y acabar con las fincas cafeteras, esas en las que se emplean las 80 mil personas del Eje Cafetero y norte del Valle del Cauca.

Por todo ello, la fotografía que acompaña este artículo es una imagen del pasado que se ha vuelto un sueño de futuro.



©Foto Stephen Ferry



©Foto Stephen Ferry

Adriana Patricia Pérez Contreras

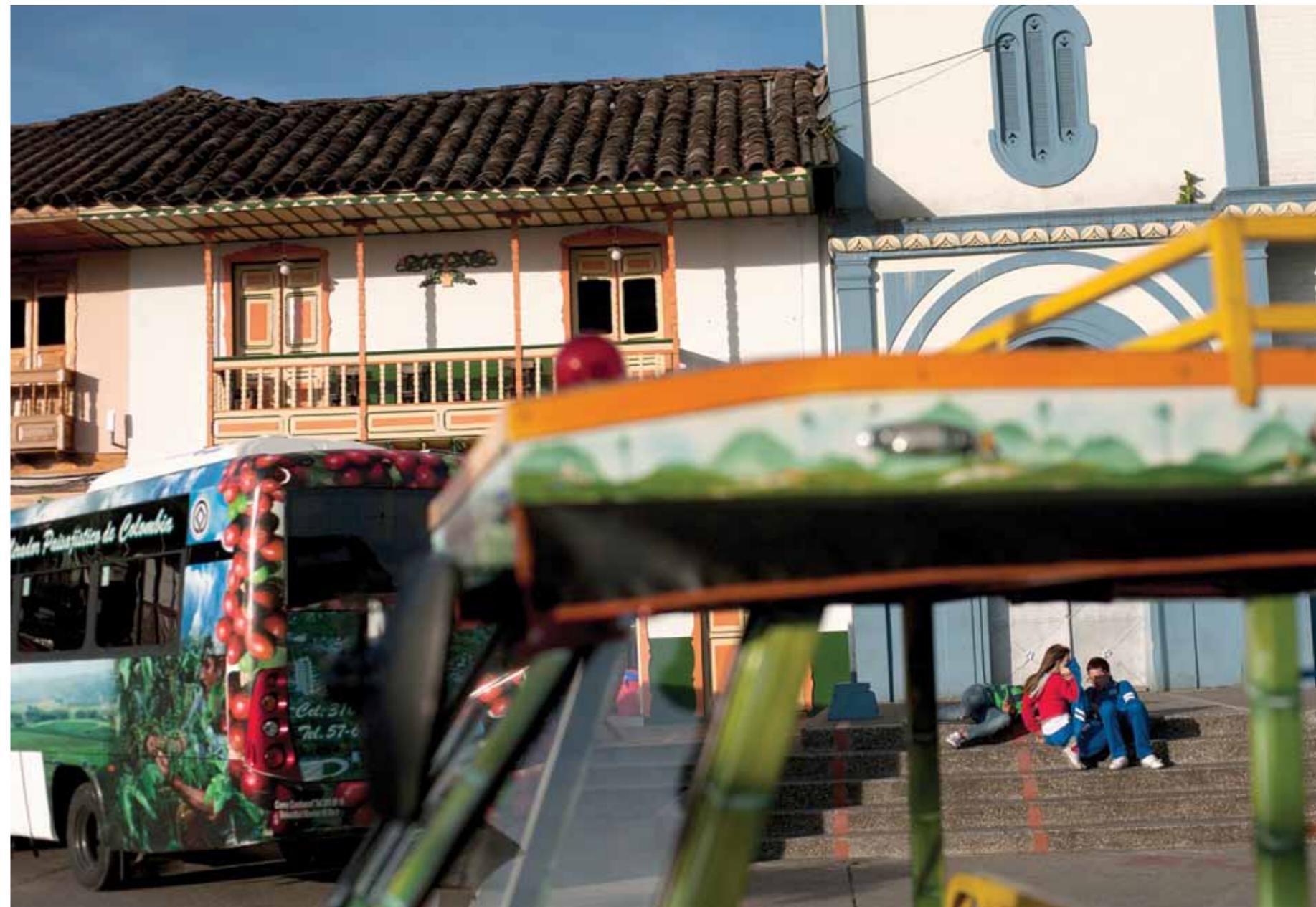


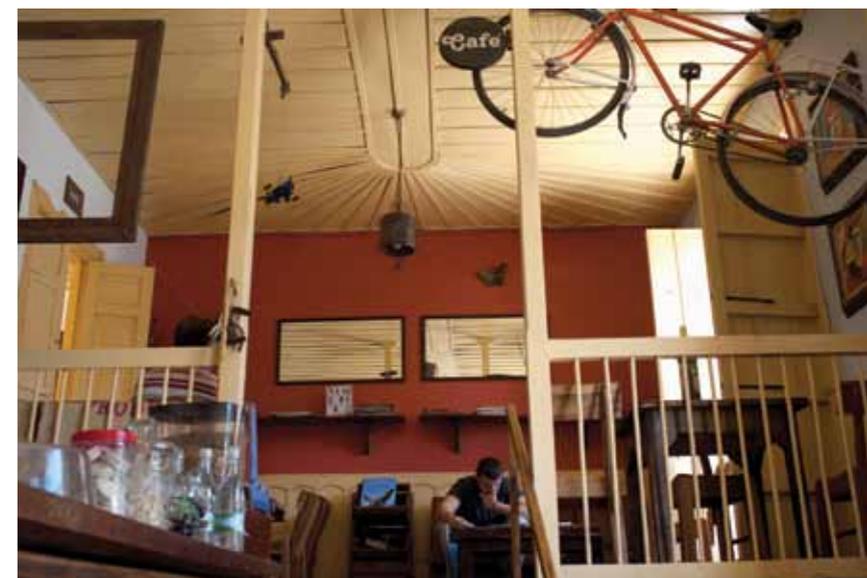




Stephen Ferry

Su trabajo está enfocado en Colombia y ha documentado, entre otros, la Sierra Nevada de Santa Marta. En 1984 se convierte en fotógrafo independiente y en 1985 en corresponsal de la Casa Blanca. Desde entonces ha colaborado regularmente con medios internacionales como National Geographic, Time, Newsweek, Geo y The New York Times. Ha sido reconocido con premios como el World Press Photo en dos ocasiones y varias veces con el Photo of the Year y Best of Photojournalism. En 2011 ganó el Tim Hetherington Grant, un premio al periodismo visual enfocado en los derechos humanos. Su proyecto más reciente es *Violentología*, que consiste en un libro, una exposición y una serie de cuadernillos que documentan el conflicto armado de Colombia, centrado en los derechos humanos y en la lucha de los civiles colombianos por resistir la violencia.









©Foto Stephen Ferry

Diseño y Diagramación
Marcela Camacho Arboleda

Impresión
ESCALA LTDA.